

[DE LOS SACRAMENTOS.]

PREFACIO A LOS LIBROS DE LOS SACRAMENTOS, DONDE SE DISCUTE SOBRE EL AUTOR DE LA MISMA OBRA.

El argumento de esta obra es claramente el mismo que el del libro anterior sobre los Misterios. Aquí, de hecho, no se contienen más que los sermones con los que el obispo instruye a los neófitos sobre los sacramentos que recibieron el día anterior a la Pascua, es decir, el bautismo, la confirmación y la eucaristía. Aquí se encuentran tres cosas dignas de consideración que no se hallan en el comentario sobre los Misterios; a saber, en el libro III (Cap. 1) se menciona que el lavatorio de los pies, que era una costumbre en su Iglesia, era inusual en la Iglesia Romana; en el libro IV (Cap. 5 y 6) se expone más claramente con qué palabras se realiza la maravillosa conversión del pan en el cuerpo del Señor, explicando esa parte de la liturgia que llamamos canon; finalmente, en el libro V (Cap. 4) se prosigue la explicación de la oración del Señor, que había prometido explicarles. Este argumento se repite al final del libro VI (Cap. 5), donde se revela la forma de orar, proponiendo como ejemplos perfectísimos la misma oración del Señor y el salmo VIII, explicando detalladamente cómo comenzar, en qué orden distinguir, qué añadir, qué alegar, cómo concluir, por quién debes orar (Cap. 3). Esta última parte, donde se trata de la oración en general, fue tomada del escrito de Ambrosio sobre la Institución de la Virgen (Cap. 1, num. 7, y Cap. 2, n. 8, y siguientes): de dónde el Autor tomó lo que se dice en el libro V (Cap. 4) sobre la oración que Cristo nos recomendó, nos es completamente desconocido. Pues aunque consta que nuestro Doctor la explicó más de una vez, en las obras legítimas que quedan no se encuentra esta exposición. En lo demás, imita la disertación sobre los Misterios de tal manera que, aparte de algunas ceremonias que o bien resume más extensamente explicadas por Ambrosio, o discute las omitidas por él, casi solo amplía los razonamientos y sentencias de ese mismo librito. Pero así como Ambrosio fue imitado, también otros imitaron a este. En efecto, en el Apéndice de los Sermones de Agustín, nueva edición, el que se numera 84 fue tomado casi íntegramente de esta obra con las mismas palabras.

La cuestión sobre el autor de esta obra fue muy controvertida en nuestra época y en la anterior. Como nuestro instituto no nos permite dejar esta cuestión sin discutir, la examinaremos con tal imparcialidad que se deje de lado todo partidismo. Estamos convencidos, sin embargo, de que, sea quien sea el autor de estos libros, la verdad católica no sufrirá ningún daño; seguros de que, si ese escritor se retrotrae al siglo VII, como quiere Albertino (Lib. II de Sacr. Euch. pág. 509), o incluso al VIII, como Dallaeus (Lib. III de Confir. c. 8), tendremos así dos obispos como testigos de la tradición, a saber, Ambrosio sobre los Misterios, y otro predicando sobre los Sacramentos: quienes, estando separados por tres o cuatro siglos, proporcionarían un argumento más fuerte contra todas las objeciones de los heterodoxos. Examinaremos, pues, la cuestión como si se planteara por primera vez, sin ningún prejuicio. Para que el orden sea más claro, compararemos los argumentos y respuestas de ambas partes, añadiendo lo que la lectura de los comentarios ambrosianos nos haya proporcionado, o lo que hayamos podido comparar sobre esta misma materia de otras fuentes.

Con colores muy lúgubres y odiosos, algunos herejes describen tanto la obra misma como a su autor. Bullinger (Epist. ad Joach. Vadian.) llama a estos libros estúpidos, y no duda que Erasmo pensara que esta obra es de algún charlatán. El editor de la censura Cociana, describiéndolos también: "Porque en estos libros", dice, "hay muchas falsedades, algunas ridículas, una indudablemente herética, otra que contradice el dogma ambrosiano" (Helmest. ann. 1655). Y ciertamente Albertino no trata al mismo autor con más clemencia; en esa enorme obra que compiló sobre el Sacramento de la Eucaristía, habla así (Lib. II, c. 1, p.

507): "Es un simio de Ambrosio, está lleno de barbarismos, tiene muchas cosas, algunas de las cuales son ridículas e indignas de la gravedad ambrosiana, algunas contradictorias y contradictorias, algunas incluso simplemente falsas; concluye ineptamente, profiere una mentira grosera: ¿así desvariaría Ambrosio?" Estos son los elogios de nuestro autor entre esos ministros, que reunimos para presentar a los ojos de los lectores. Sin embargo, aunque los calvinistas estén cautivados por la admiración de Albertino y su obra, no creemos que los más moderados de ellos aprueben la intemperancia de este y otros escritores similares. Pues aunque ese ministro quiera parecer inducido por el único amor a la verdad (Ibid., col. 1), cualquiera que lea esto descubrirá que está movido por un deseo mucho más vehemente de ayudar a su secta de cualquier manera. Porque si este autor, tal como se presenta en este cuadro, realmente existiera, es decir, ignorante, impostor, de ingenio absurdo y ridículo; ¿qué se debe pensar de tantos y tan grandes hombres que atribuyeron las mismas disertaciones a nuestro Doctor durante tantos siglos; cuando, mientras tanto, a ninguno de ellos se le ocurrió que esas groseras mentiras, graves contradicciones, comentarios ridículos, completamente indignos del candor, agudeza y juicio ambrosiano, fueran evidentes? ¿No debería también haberle dado vergüenza a Albertino, que se esforzó tanto por atraer a su opinión a un autor no solo proletario, sino también, si se le cree, disminuido en su reputación por tantos delitos? Debería haberlo rechazado claramente; pues nadie inducirá a pensar que algo de utilidad vendrá a los calvinistas de ese testigo, a quien, si quieren que haya mentido en las palabras evangélicas, no hay duda de que también pudo haber mentido en la Eucaristía. Sin embargo, como a veces la verdad se pronuncia incluso por boca de aquellos que obedecen intensamente a sus pasiones, examinaremos las objeciones de Albertino, en las que ha incluido las principales de ese editor Cociano (Supra cit.), Riveti (Crit. sacr. lib. III, c. 18) y muchos otros, como si se propusieran con un ánimo pacífico y muy libre.

Por lo tanto, la objeción tomada de estas palabras: "Por eso se dice que los fieles en Roma", etc., la plantea de esta manera (Lib. II, pág. 507, col. 2): "Como si esta denominación fuera peculiar de Roma. Pero era común en todas partes, en el oriente, en el sur, en el norte, en el occidente. El mismo Ambrosio la usaba en Milán en sus escritos genuinos". Responde el ilustre Nat. Alexander (Hist. Eccl. saec. IV, p. 1, § 2, pág. 503) que ni en los códices de mejor nota (como los que él mismo pudo consultar) ni en las ediciones más precisas, es decir, de aquellas que se expresaron según la forma romana, se encuentra la palabra "Romae": en los manuscritos donde aparece, esto se debe a que algunos leyeron "Romae" en lugar de "recte", que debieron haber leído; y no hay nada que impida que se use un diptongo en lugar de una simple, ya que su uso promiscuo se encuentra en los libros escritos. No negamos que esta parte es muy verdadera, y además añadimos que favorece no poco a toda la solución, que en lugar de "Romae" en tres códices, a saber, el Vaticano, el Regio y el Thuaneo, se lee "recto nomine"; para lo cual la edición romana prefirió sustituir el adverbio "recte": sin embargo, para no suscribir completamente a esta opinión, el número y la antigüedad de los manuscritos en los que la palabra "Romae" aparece completa, lo impide. Pues de toda la multitud de la que hemos preparado variantes, excepto los tres mencionados, y otros dos en los que por error del copista se escribió "rotome", otros dieciséis, entre los cuales los Benigniano, Remense y Claromontano superan los 800 años, llevan la palabra "Romae" expresada en sus letras. A esto se añade que no hemos encontrado en ninguna parte una abreviatura similar a la que se discute. Creemos, por tanto, que esa misma palabra está aquí puesta enfáticamente, para que se signifique más de lo que se expresa. Así, será lo mismo decir "Romae fideles dicuntur" como si dijera que no solo en esta o en cualquier otra Iglesia, sino incluso en la más noble de todas, los bautizados son llamados fieles. Y a esta interpretación nuestra favorece la partícula "et" que Alexander observó precediendo a la palabra "Romae" en algunos códices, y que nosotros encontramos en muchos de los nuestros.

Lo que el mismo Albertino objeta (Loco cit., pág. 508, col. 1) contra la exposición de las palabras del Señor, "Oportet enim nos implere omnem justitiam", así como contra la doctrina sobre las oraciones secretas propuesta por el mismo autor, son tan leves que solo con la inspección de los lugares se puede demostrar que no concluye ineptamente, ni delira, como él se burla.

Es ciertamente más grave la acusación que sigue en estas palabras: "Profirió una mentira grosera, pues dice que el Señor en la oración del Padre Nuestro no dijo: 'Ne nos inducas in tentationem'; sino, 'ne patiaris nos induci in tentationem'" (Ibid., col. 2). ¿Qué acusación más atroz se puede hacer contra un pregonero evangélico? Sin embargo, el acusador fue desafortunado en que el golpe de tal magnitud y esfuerzo cayó completamente inútil. Pues aunque él mismo reconoce que Cipriano leyó de la misma manera, lo que añade allí: "Pero una cosa es leer así, otra afirmar que el Señor habló de esa manera y no de otra", es mera calumnia. Porque quien al recordar la oración tal como fue instituida por Cristo, expresa la sexta petición con estas palabras: "Et ne patiaris nos induci in tentationem"; ¿no niega abundantemente que esté expresada de manera diferente, si no con la boca, al menos con el pensamiento del alma? Y ciertamente este autor no debió incurrir en el crimen de temeridad o mentira; pues tenía el apoyo de varios códices latinos, como se evidencia por la autoridad de Agustín (De Dono Persev., c. 6).

Pero, tal vez alguien insistirá, cuando el Autor en otro lugar (Lib. V, cap. 4) testifica haber consultado el idioma griego: ¿por qué en este lugar lo descuidó o lo despreció una vez consultado? Pues Agustín en el mismo libro citado profesa que no pudo encontrar otra cosa en los ejemplares griegos que "Ne nos inferas in tentationem". Aunque esta objeción parezca tener un color un poco más verosímil; sin embargo, la respuesta es sencilla. En verdad, como Agustín habla solo de aquellos códices que él pudo leer; ¿qué impide que algunos códices de otra provincia tuvieran esta sentencia de manera diferente? Y sin embargo, no había razón para que considerara necesario consultar los ejemplares griegos, ya que el consenso de tantos latinos era suficiente para persuadirlo.

El mismo ministro, después de transcribir más extensamente el lugar del autor sobre el lavatorio de los pies, añade (Loco cit., pág. 508, col. 1): "Pero en este discurso, además de la barbarie de la locución (confesamos que en este discurso hay barbarie, pero de Albertino), primero hay falsedad. ¿Quién podría decir que Ambrosio... sigue en todo el tipo y forma de la Iglesia Romana, cuando consta por Agustín que Roma y Milán diferían en muchas ceremonias? Luego, también hay contradicción; pues después de haber dicho: 'En todo deseo seguir a la Iglesia Romana', sin embargo, inmediatamente como retractándose, dice: 'Pero también nosotros, los hombres, tenemos sentido, por lo que lo que se observa mejor en otro lugar, también lo guardamos correctamente'. Y de nuevo, después de haber dicho: 'Esto lo digo no porque reprenda a otros'; de repente los reprende, etc." Pero en todo esto no se encuentra que se contradiga, si se quiere interpretar con sinceridad y según la costumbre del lenguaje humano. ¿Quién negará que donde se dice: "Deseo seguir a la Iglesia Romana, pero también nosotros somos hombres", etc., no es una sentencia simple o absoluta, como la llaman, sino condicional; y por lo tanto, allí se debe suplir mentalmente y con el pensamiento, "en cuanto sea posible, o parezca conveniente". Así, en esas palabras que se adelantan: "Sigo en todo el tipo y forma de la Iglesia Romana", nadie confesará que hay falsedad, quien no las desvíe de su sentido legítimo, a saber, moral. Finalmente, que se le acusa de reprender a aquellos que había negado reprender, es pura disputa. Pues, ¿qué más congruente con el uso común del lenguaje, que cuando alguien no puede rechazar una acusación, la transfiera a otro, suavizándola de la misma manera?

Ahora bien, consideremos qué objeción sigue a esta. Albertino dice (Loc. cit., pág. 508, col. 2): "El autor de estos libros sigue una versión diferente de la que usaba Ambrosio". Esto es ciertamente muy verdadero, no lo negamos: pero "consta por la lectura de las obras de San Ambrosio", como Alexander (Loco supra cit.) responde hábilmente, "que él no citaba los mismos lugares de la Sagrada Escritura siempre con las mismas palabras". A esta respuesta brevísima y certísima solo añadiremos que, dado que no hay duda de que este autor nuestro habló sin gran preparación, no es de extrañar que no siempre citara la Escritura con sus propias palabras, sino con las que le sugirió la memoria en ese momento: y que, dado que él mismo nunca usó la Vulgata, según la opinión de Albertino, debe considerarse anterior.

Finalmente, presentan algunas otras minucias; como por ejemplo, que dicen que el autor "juega con vanas alegorías": pero lo que ellos llaman vanas alegorías, es precisamente lo que lo hace más cercano a la elocución ambrosiana. Añaden que solo en el librito sobre los Misterios se encuentran esos testimonios que Ratramnus cita como si fueran tomados de la obra sobre los Sacramentos. Pero, ¿qué si un códice incompleto lo engañó? ¿qué si fue una memoria inestable? Y ciertamente este error habría sido más fácil, ya que ambos tratados suelen unirse en los manuscritos. Finalmente, claman que la misma diversidad de estilo demuestra y muestra la diversidad de autores. Pero esta objeción no se considera de peso; "Porque los padres usan un estilo diferente según la diversidad de los argumentos" (Alex. ibid.). Hasta qué punto esta respuesta puede extenderse, lo evaluaremos más adelante: pero ahora debemos escuchar a los defensores de la opinión contraria.

Primero presentan (Bellarm., Sanctibaeuv., Alex. y otros) numerosos y antiquísimos códices manuscritos, y con ellos todas las ediciones publicadas después de la invención de la imprenta. Luego, como un ejército de reserva, presentan a hombres de gran renombre como Hincmaro de Reims, Deoduin de Lieja, Pascasio Radberto abad de Corbie, Ratramnus monje del mismo monasterio, Floro diácono de Lyon, Lanfranco, Berengario, Algero, Guitmundo, Durando de Troarn, Hugo de Langres, Ivo de Chartres, Graciano, el Maestro de las Sentencias y finalmente todos los que desde el inicio del siglo IX hasta nuestra memoria o la de nuestros padres, mencionaron esos mismos libros, sin que disintieran, si exceptuamos a algunos recientes, los heterodoxos. Aunque este argumento es sin duda el más fuerte de todos los que se suelen proponer en este asunto, no concluye de manera invicta y necesaria. Pues cuántas obras, después de haber circulado durante mucho tiempo bajo el título de ciertos autores, finalmente fueron despojadas de él, y diariamente lo son. Sin embargo, esos escritores no discutieron el asunto por sí mismos y con un propósito determinado, sino que siguieron a otros o confiaron en sus manuscritos, en los que encontraron esa misma obra inscrita con el nombre de Ambrosio en algunos lugares, y en otros unida a algún tratado que llevaba la misma inscripción. Pues como los códices más antiguos no exhiben ningún nombre de autor, quienes se dedicaron a copiarlos, al saber que Ambrosio había escrito sobre esta misma materia, no dudaron en adjudicárselos: otros, aunque no creyeran que fueran de Ambrosio, consideraron que debían añadirse al libro sobre los Misterios debido a la similitud del argumento.

En segundo lugar, se propone el carácter de la dicción, que afirman ser muy similar en la escritura sobre los Misterios y en esta obra: los adversarios, sin embargo, lo niegan vehementemente. Y ciertamente no sin razón; pues el autor intenta expresar ese librito de tal manera que casi todo lo traduce y convierte a su estilo, es decir, mucho peor. Pero en este mismo lugar, los mismos adversarios extraen un razonamiento completamente contrario. Pues, ¿quién creará, dicen, que Ambrosio volvería a tratar y repetir en otra lo que ya había tratado en la disertación sobre los Misterios? Sin embargo, este argumento no es más firme ni

eficaz que otro. Pues no es inaudito que la misma materia haya sido explicada en dos sermones o libros por los Padres; ya que hemos observado lo mismo en Ambrosio en otro lugar.

La razón que se coloca en tercer lugar se concibe con estas palabras: "Agustín es testigo de que Ambrosio publicó una obra sobre los Sacramentos" (Lib. II, Cont. Jul., cap. 5 y siguientes, y Retr. lib. II, c. 4), "por lo tanto, o se nos presenta esa obra, dicen, o se concede que esta misma es de la que hablamos". Pero la respuesta está a mano; pues ni el argumento de ambos es el mismo, ni el título es el mismo. Ya que lo que se menciona por Agustín no se titulaba simplemente sobre los Sacramentos, sino que se añadía "o sobre la Filosofía": y como, según el mismo Agustín, fue compuesto contra los platónicos, no es oscuro que se tratara de una materia diferente.

Finalmente, se pueden presentar algunas otras cuestiones, como si dijeras que el autor (Lib. I, c. 6) se refiere a la fragilidad de la voz, de la cual el mismo Ambrosio se lamenta en la Apología de David segunda (Cap. 5, num. 28), y que su discípulo mencionado testimonia que solía ser fácilmente afectada (Lib. VI Conf., cap. 3, num. 3). Si añadieras que el mismo confiesa (Lib. VI, cap. 5) que enseña lo que él mismo no ha aprendido: lo cual también es bastante familiar en Ambrosio. Si finalmente insistieras en la exposición de la oración dominical, que la misma comentación de Ambrosio en Lucas solicitaba, no omitida por otra razón que porque él mismo recordaba haberla enseñado en otro lugar. Sin embargo, de todas las obras que se atribuyen a su nombre, solo en esta se explica la misma oración, ¿por qué no reconocer que es suya? Pero se puede oponer a la primera objeción, además de que es más probable que se atribuya erróneamente a Ambrosio esa otra Apología de David, que muchos, tanto en el pasado como ahora, no disimulan que sufren de debilidad de voz y pulmones al predicar. Y como tampoco faltan aquellos que, por modestia, confiesan ser incapaces de explicar el tema que han abordado, también se puede responder a la segunda dificultad. En cuanto a la tercera, se puede responder de manera similar, si negaras que Ambrosio haya puesto por escrito todo lo que pronunció con su voz; y que todo lo que puso por escrito haya llegado hasta nuestra época. Quizás también se deba a que, existiendo libros de Tertuliano y Cipriano sobre esa oración entre los Padres Latinos, fue disuadido de ese trabajo como poco necesario: como también Hilario testimonia de sí mismo en el Comentario sobre Mateo, can. 5.

Además, de lo que hemos discutido hasta ahora, se conocen dos cosas. En efecto, las soluciones aplicadas a los argumentos de los sectarios demuestran claramente que con esas injurias y reproches que ellos vierten en masa sobre este autor, no prueban nada, excepto que su doctrina les es sumamente molesta y odiosa. Por otro lado, las razones que hemos presentado en defensa de este mismo trabajo como obra de Ambrosio, demuestran que la parte que niega no es menos probable que la que afirma; y por lo tanto, no sin razón algunos ortodoxos han dudado en este asunto (Cardin. Bona Rer. Liturg. lib. I, cap. 7, n. 4; Arnald. de Freq. Commun. p. 1, cap. 13; Hermann., etc.). Pero para no quedarnos en suspenso en todo, hemos propuesto investigar tres cosas en este lugar: a saber, cuál fue la dignidad del mismo autor, en qué tiempo vivió y en qué región.

La definición del primer punto es ciertamente clara. Se sabe que fue un obispo que instruía a los neófitos y al pueblo confiado a su cuidado. Esa dignidad se manifiesta abiertamente en todas partes. Y aunque faltaran otras pruebas, ese lugar tan célebre sería suficiente, donde se dice: "En todo deseo seguir a la Iglesia Romana, pero nosotros, etc." ¿Quién hablaría así, si no fuera un obispo?

En cuanto al segundo punto, por los autores mencionados, se hace probable que el escritor que investigamos floreció antes del siglo octavo: pero por el códice de San Galo en letras mayúsculas, escrito hace aproximadamente mil años, como nuestro testigo más rico Mabillon (*Museo Italic.*, p. 7) lo atestigua, se demuestra que es anterior incluso al siglo séptimo. Además, esta misma obra se reivindica para sí una antigüedad más remota por sus propios argumentos. En efecto, dado que consta que estas homilias fueron pronunciadas a neófitos, y no pocos, cuando este prelado los llama "muchos" y "familia candidata" (*Lib. V, c. 3*), se entiende que aún no se había adoptado completamente la costumbre de bautizar a los infantes. Y nos parece que el tiempo se designa no mucho después de la era de Agustín. Luego (*Lib. VI, cap. 4 y 5*) se insinúa suficientemente que el culto de los gentiles aún prevalecía en su diócesis. Además, esto también se confirma por las razones de que, evidentemente, no se refutan herejes aparte de los arrianos y aquellos que atacaban la divinidad de Cristo: y que por la versión que se encuentra usando este autor, se indica suficientemente que la Vulgata aún no había sido atribuida con autoridad universal en ese tiempo.

Finalmente, sobre la tercera cuestión, así lo establecemos. Está fuera de controversia que el autor de estos libros no fue súbdito de la metrópoli romana: sin embargo, es igualmente cierto que su sede no estaba muy lejos de la Urbe; ya que conocía y seguía en muchos aspectos sus ceremonias. Y dado que también hay mucha afinidad entre las ceremonias mencionadas en esta obra y los ritos de la antigua Iglesia Galicana y la de Milán; de aquí deducimos que la misma diócesis era vecina a ambas. Sin embargo, no nos opondremos si alguien, con el doctísimo hombre (*Herman. vitae Ambr. Elucid. p. 30*), prefiere atribuir los mismos sermones a Venerio o a algún otro discípulo de Ambrosio, que no mucho después de él presidió la Iglesia de Milán. Solo añadimos en este lugar que, de lo que el autor menciona sobre la sagrada comunión, que entre los pueblos orientales y entre los suyos solía hacerse solo una vez al año (*Lib. V, c. 4*), se puede con prudencia conjeturar sin duda que vivió después de los tiempos de Crisóstomo; pero antes de que el orden y ceremonias romanas fueran recibidas en Occidente.

Sin embargo, lo que principalmente nos causa escrúpulo para no apoyar completamente a aquellos que adjudican esta obra a Ambrosio, es la diversidad de elocución; pues aunque sabemos que el estilo puede variar según los autores, y según la materia y el tiempo puede elevarse o descender, siempre aparece el ingenio del escritor y como que brilla: y quien está acostumbrado a usar una dicción noble y elegante, nunca se rebaja a lo humilde: pero en verdad, se abstiene cautelosamente de esas preguntas frías y pueriles que se intercalan en esta escritura, como hizo Ambrosio en el libro de los Misterios, aunque sea del mismo argumento. Además, no creemos que Ambrosio hubiera imitado sus propios libros tan servilmente; pues esta comentación fue casi completamente extraída del superior de los Misterios, y en parte también del libro de la Institución de la Virgen (*Cap. 1, n. 7, y cap. 2, num. 8*). Añadimos también que los milaneses nunca son acusados por el Santo Prelado en sus libros específicos de una comunión tan infrecuente. Finalmente, que el autor se levante con tanto ánimo contra la Iglesia Romana por el lavado de pies, no nos parece propio del instituto ambrosiano. Sabemos que él quería que los usos y ritos de cada una de las Iglesias fueran tan libres, que dondequiera que llegara, se acomodaba a ella, como Agustín relata (*Epist. 54, alias 118*).

Sin embargo, dado que en este asunto no queremos restar valor a la opinión de nadie, ni tampoco ignoramos que habrá muchos que se sentirán molestos si se priva a esta escritura, considerada ambrosiana durante tanto tiempo por casi consenso común, de su lugar habitual; con mayor razón hemos considerado conservarla en su orden y posesión, ya que, al estar

compuesta de las sentencias de Ambrosio y en su mayoría también de sus palabras, al menos por esta razón no es indigna de ser contada entre las ambrosianas.

Además, está claro que estos seis libros son seis homilías, de las cuales el Autor pronunciaba una cada día. Pues él mismo dice a menudo que habló el día anterior o que hablará al día siguiente. Comenzó el martes después del Domingo de Resurrección, y de esa manera continuó hasta el octavo día de la misma fiesta. Ya que al final del sermón 4 (cap. 6) promete que los que quedaban, los pronunciaría el día siguiente, sábado, y el domingo (en albis, es decir). Sin embargo, si alguien prefiere seguir la autoridad del manuscrito de Galo, que divide el último libro en dos, será necesario decir que el primer sermón fue pronunciado el lunes después de Pascua. Pero como esa distribución parece poco conveniente, ya que del libro VI se constituyen pocos versos (desde aquellas palabras, "Aliud, Psalmorum David, etc.") en un nuevo libro; creemos que su escritor no fue guiado por otra cosa que por entender esas palabras, "el día siguiente sábado", de dos días; aunque hubiera sido más correcto entenderlas por aposición o más bien por elipsis gramatical de un solo día. De aquí también pudo haber surgido que un sermón en el apéndice de las ediciones nuevas de los agustinianos, número 247, que se publicó bajo el nombre de Ivo de Chartres, también uno de nuestros códices de la Biblioteca lo atestigua como suyo; sin embargo, en el Alnetino (Monast. Alnetensis Ord. Cistert.), bajo el título del libro VII de los Sacramentos, se colocó después de estos nuestros. Aunque tampoco se aleja mucho de la verdad que aquellos por quienes los mismos sermones fueron escritos, miraron a que durante la octava se atribuyera uno a cada día, omitiendo solo el Domingo de Resurrección, que por la solemnidad sería más impedido. Pero tampoco parece haber surgido de otra parte que en algunos manuscritos el libro de los Misterios se titule primero de los Sacramentos: y el que es primero de los Sacramentos se degrade al segundo orden, y así sucesivamente.

SAN AMBROSIO OBISPO DE MILÁN SOBRE LOS SACRAMENTOS LIBROS SEIS.
(C,G,S)*

LIBRO PRIMERO.

349 CAPÍTULO PRIMERO.

Donde, habiendo anunciado que tratará sobre los sacramentos, que antes no era oportuno explicar, se acerca al misterio de la apertura, que enseña fue señalado por Cristo en la curación del sordo y mudo.

1. Comienzo el discurso sobre los sacramentos que habéis recibido, cuya explicación no era oportuno anticipar; pues en el hombre cristiano la fe es lo primero. Por eso en Roma se llaman fieles a los que han sido bautizados: y nuestro padre Abraham fue justificado por la fe, no por las obras (Rom. IV, 3). Por lo tanto, habéis recibido el bautismo, habéis creído. Pues no sería correcto que yo pensara otra cosa; ya que no habrías sido llamado a la gracia, si Cristo no te hubiera juzgado digno de su gracia.

2. Entonces, ¿qué hicimos el sábado? Precisamente la apertura: los misterios de la apertura fueron celebrados, cuando el sacerdote te tocó los oídos y las narices. Lo que significa nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, cuando le fue presentado un sordo y mudo, y tocó sus oídos y su boca: los oídos, porque era sordo; la boca, porque era mudo, y dijo: Ephpheta (Marcos VII, 34). Es una palabra hebrea, que en latín se dice abrir. Por eso el sacerdote te tocó los oídos, para que se abrieran tus oídos al discurso y al diálogo del sacerdote.

3. Pero me dices: ¿Por qué las narices? Allí, porque era mudo, tocó la boca; para que, al no poder pronunciar los sacramentos celestiales, recibiera la voz de Cristo. Y allí, porque era varón; aquí, porque se bautizan mujeres, y no es la misma pureza del siervo que la del Señor (pues si él concede los pecados, a este se le perdonan los pecados, ¿qué comparación puede haber?), por eso, por la gracia de la obra y del ministerio (De Consec., dist. 4, c. Propter gloriam) no toca el obispo la boca, sino las narices; para que recibas el buen olor de la piedad eterna, y para que digas: Porque somos el buen olor de Cristo para Dios, como dijo el santo Apóstol (II Cor. II, 15); y haya en ti una fragancia plena de fe y devoción.

CAPÍTULO II.

Expone la unción del atleta cristiano, a quien, para estimularlo a guardar la fe de la renuncia, amplifica la dignidad de los testigos ante quienes se hizo; y finalmente añade luz al asunto con un ejemplo.

4. Llegamos a la fuente (De Consec., dist. 4, c. Venisti ad fontem), entraste: considera a quiénes viste, qué dijiste, repasa cuidadosamente. Te encontró el diácono, te encontró el presbítero: fuiste ungido como atleta de Cristo, como quien va a luchar en la contienda de este siglo, profesaste los combates de tu lucha. Quien lucha, tiene algo que esperar: donde hay contienda, allí hay corona. Luchas en el mundo, pero eres coronado por Cristo, ¿y por las contiendas del mundo eres coronado? Pues aunque el premio está en el cielo, aquí sin embargo se coloca el mérito del premio.

5. Cuando te preguntó: ¿Renuncias al diablo y a sus obras, qué respondiste? Renuncio. ¿Renuncias al mundo y a sus placeres, qué respondiste? Renuncio. Recuerda tu palabra, y nunca se te olvide la serie de tu compromiso. Si dieras un documento a un hombre, estás obligado, para que tomes su dinero: estás atado, y el prestamista te obliga aunque te resistas; si te niegas, vas al juez, y allí eres convencido por tu compromiso.

6 y 7. Considera dónde prometiste, o a quiénes prometiste. Viste al diácono, pero es ministro de Cristo. Lo viste ministrar ante los altares. Por lo tanto, tu documento no se guarda en la tierra, sino en el cielo. Considera dónde recibes los sacramentos celestiales. Si aquí está el cuerpo de Cristo, aquí también están constituidos los ángeles. Donde está el cuerpo, allí las águilas, leíste en el Evangelio (Mateo XXIV, 28). Donde está el cuerpo de Cristo, allí las águilas acostumbran a volar; para que huyan de lo terrenal, busquen lo celestial. ¿Por qué digo esto? Porque también los hombres son ángeles, cualquiera que anuncie a Cristo, y parecen ser admitidos en el lugar de los ángeles. ¿Cómo? Toma la razón del Bautista. Juan nació de hombre y mujer; sin embargo, escucha que él también es ángel: He aquí que envío mi ángel delante de tu faz, y preparará tu camino delante de ti (Mateo XI, 10). Toma otro de Malaquías el profeta: Porque los labios del sacerdote guardan la ciencia, y buscan la ley de su boca; porque es ángel del Dios omnipotente (Malaquías II, 7). Estas cosas se dicen, para que prediquemos la gloria del sacerdote, no para que se le atribuya algo a sus méritos personales.

8. Por lo tanto, renunciaste al mundo, renunciaste al siglo, sé cuidadoso. Quien debe dinero, siempre considera su documento: y tú que debes fe a Cristo, guarda la fe, que es mucho más preciosa que el dinero; porque la fe es un patrimonio eterno, el dinero es temporal. Y tú, por lo tanto, siempre recuerda lo que prometiste; y serás más cauteloso. Si mantienes tu promesa, mantendrás también tu documento.

CAPÍTULO III.

Aunque los neófitos solo hayan visto la fuente y los ministros, el autor muestra que son mayores las cosas que no se ven.

9. Luego te acercaste más: viste la fuente, viste también al sacerdote sobre la fuente. No puedo dudar que no haya podido caer en vuestro ánimo lo que cayó en aquel sirio Naamán (IV Reyes V, 11 y ss.); porque aunque fue purificado, sin embargo, antes dudó. ¿Por qué? Te lo diré, escucha.

10. Entraste, viste el agua, viste al sacerdote, viste al diácono. No sea que alguien diga: ¿Es esto todo? En verdad es todo. Verdaderamente todo, donde hay toda inocencia, toda piedad, toda gracia, toda santificación. Viste lo que pudiste ver con los ojos de tu cuerpo, y con vistas humanas: no viste aquellas cosas que obran; porque no se ven. Esas son mucho mayores que no se ven, que las que se ven; porque las que se ven, son temporales: las que no se ven, son eternas (II Cor. IV, 18).

CAPÍTULO IV.

Los sacramentos de los cristianos son más divinos y anteriores que los de los judíos: y sobre el significado de la palabra pascua.

11. Por lo tanto, digamos primero, guarda la advertencia de mi voz, y exige. Admiramos los misterios de los judíos, que fueron dados a nuestros padres, primero por la antigüedad de los sacramentos, luego por la santidad sobresaliente. Prometo que los sacramentos de los cristianos son más divinos y anteriores que los de los judíos.

12. ¿Qué es más notable que el pueblo judío haya pasado por el mar? para hablar por ahora del bautismo. Sin embargo, los judíos que pasaron, murieron todos en el desierto. Pero (De Consec., dist. 4, c. Per aquam baptismi) quien pasa por esta fuente, es decir, de lo terrenal a lo celestial; pues este es el paso, por eso pascua, es decir, su paso, el paso del pecado a la vida, de la culpa a la gracia, de la contaminación a la santificación: quien pasa por esta fuente, no muere, sino que resucita.

CAPÍTULO V.

En la historia del leproso Naamán se señala que solo el agua que tiene la gracia de Cristo sana. Cristo quiso ser bautizado solo por nosotros. Por qué el Espíritu Santo, apareciendo en forma de paloma, no descendió sobre él antes de que él mismo entrara en el agua del Jordán: y de qué manera estuvo presente toda la Trinidad allí.

13. Naamán, por lo tanto, era leproso, una joven dijo a su esposa: Si mi señor quiere ser purificado, que vaya a la tierra de Israel, y allí encontrará a quien pueda quitarle la lepra. Ella se lo dijo a su señora, la esposa a su marido, Naamán al rey de Siria, quien lo envió como muy querido a él al rey de Israel. Oyó el rey de Israel que había sido enviado a él para que limpiara su lepra, y rasgó sus vestiduras. Entonces el profeta Eliseo le manda: ¿Por qué has rasgado tus vestiduras, como si no hubiera Dios poderoso que limpie al leproso? Envíalo a mí. Lo envió; y al llegar, el profeta le dijo: Ve al Jordán, sumérgete, y serás sanado.

14. Él comenzó a pensar para sí y a decir: ¿Esto es todo? Vine de Siria a la tierra de Judea, y se me dice: Ve y descende al Jordán, sumérgete, y serás sanado; como si no hubiera ríos mejores en mi patria. Entonces sus siervos le dijeron: Señor, ¿por qué no haces la palabra del profeta? Mejor hazlo y pruébalo. Entonces él fue al Jordán, se sumergió, y se levantó sano (IV Reyes V, 1 y ss.).

15. ¿Qué significa esto? Viste el agua: pero no toda agua sana (De Consec., dist. 4, cap. Per aquam, § Non omnis); sino que sana el agua que tiene la gracia de Cristo. Una cosa es el elemento, otra la consagración: una cosa es la obra, otra la operación. El agua es la obra, la operación es del Espíritu Santo. No sana el agua, a menos que el Espíritu descienda y consagre esa agua; como leíste que cuando nuestro Señor Jesucristo daba la forma del bautismo, vino a Juan, y Juan le dijo: Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Cristo le respondió: Deja ahora. Así conviene que cumplamos toda justicia (Mateo III, 14, 15). Mira que toda justicia está constituida en el bautismo.

16. Entonces, ¿por qué descendió Cristo, sino para que esta carne fuera purificada, la carne que tomó de nuestra condición? Pues no era necesaria para Cristo la ablución de sus pecados, quien no cometió pecado: pero era necesaria para nosotros, que permanecemos sujetos al pecado. Por lo tanto, si el bautismo fue por nosotros, se nos ha propuesto una forma de fe.

17. Descendió Cristo, Juan estaba presente bautizando, y he aquí que el Espíritu Santo descendió como una paloma. No descendió una paloma, sino como una paloma. Recuerda lo que dije: Cristo asumió carne, no como carne; sino la verdad de esta carne, Cristo asumió carne verdadera: pero el Espíritu Santo no descendió en la verdad de una paloma, sino en la apariencia de una paloma desde el cielo. Por lo tanto, Juan vio y creyó.

18. Descendió Cristo, y también descendió el Espíritu Santo (De Consec., dist. 4, c. Per aquam, § Descendit). ¿Por qué descendió primero Cristo y luego el Espíritu Santo, cuando la forma y el uso del bautismo requieren que primero se consagre la fuente, y entonces descienda quien va a ser bautizado? Pues cuando el sacerdote entra primero, realiza el exorcismo según la criatura del agua, luego lleva a cabo la invocación y la oración; para que se santifique la fuente, y esté presente la Trinidad eterna: sin embargo, Cristo descendió antes, seguido por el Espíritu. ¿Por qué razón? Para que no pareciera que el Señor Jesús necesitaba el misterio de la santificación: sino que Él mismo santificara, y también el Espíritu.

19. Por lo tanto, Cristo descendió al agua, y el Espíritu Santo descendió como una paloma (Mat. III, 16). También Dios Padre habló desde el cielo. Tienes la presencia de la Trinidad.

CAPÍTULO VI.

Se demuestra que en el Mar Rojo precedió la figura del bautismo mediante la acomodación de las partes singulares. Lo mismo se muestra, aunque con menos palabras, en el diluvio: después de lo cual, concluido el primer sermón, se promete el siguiente.

20. En el Mar Rojo, el Apóstol dice que existió la figura de este bautismo: Porque todos nuestros padres fueron bautizados en la nube y en el mar (I Cor. X, 1, 2). Y añadió: Estas cosas sucedieron como figura para ellos (Ibid., 6): para ellos en figura, pero para nosotros en verdad. Entonces Moisés sostenía la vara, el pueblo de los judíos estaba acorralado; el egipcio con armas los acosaba por un lado, y por el otro lado los hebreos estaban encerrados por el mar; no podían cruzar el mar, ni regresar al enemigo: comenzaron a murmurar (Éxodo XIV, 21 y ss.).

21. Mira, no te dejes provocar porque fueron escuchados. Aunque el Señor escuchó, no están exentos de culpa quienes murmuraron. Lo tuyo es, cuando te encuentres en apuros, creer que escaparás, no murmurar: invocar, rogar, no expresar queja.

22. Moisés sostenía la vara, y guiaba al pueblo hebreo de noche en una columna de luz, de día en una columna de nube. ¿Qué es la luz sino la verdad; porque derrama una luz abierta y plena? ¿Qué es la columna de luz, sino Cristo el Señor, que expulsó las tinieblas de la infidelidad, infundió la luz de la verdad y la gracia espiritual en los afectos humanos? Pero la columna de nube es el Espíritu Santo. El pueblo estaba en el mar, y la columna de luz iba delante: luego seguía la columna de nube, como una sombra del Espíritu Santo. Ves que a través del Espíritu Santo y del agua se demostró el tipo de bautismo.

23. En el diluvio también ya entonces existía la figura del bautismo, y aún no existían los misterios de los judíos. Si, por lo tanto, la forma de este bautismo precedió, ves los misterios superiores de los cristianos, que fueron de los judíos.

24. Pero por ahora, según la fragilidad de nuestra voz, y según la razón del tiempo, basta hoy con haber tocado los misterios del sagrado manantial. Mañana, si el Señor concede el poder o la abundancia de hablar, lo explicaré más plenamente. Es necesario que vuestra santidad tenga oídos preparados, un ánimo más dispuesto; para que lo que podamos recoger de la serie de las Escrituras, y os hayamos comunicado, podáis retenerlo, para que tengáis la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. A cuya Trinidad pertenece el reino perpetuo desde los siglos, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos.

LIBRO SEGUNDO.

355. CAPÍTULO PRIMERO.

Retoma la explicación del diluvio, en el que afirma que se figuró el verdadero bautismo; donde añade brevemente sobre otros bautismos.

1. Ayer comenzamos a discutir que en el diluvio también precedió la figura del bautismo. ¿Qué es el diluvio (Gén. VII, 23), sino en el que el justo es reservado para la semilla de la justicia, el pecado muere? Por eso el Señor, al ver que los delitos de los hombres proliferaban, reservó solo al justo con su descendencia; y ordenó que el agua cubriera incluso los montes. Y por eso en aquel diluvio pereció toda corrupción de la carne, solo permaneció la descendencia y la forma del justo. ¿No es este el diluvio, que es el bautismo; en el que se lavan todos los pecados, solo se resucita la mente y la gracia del justo?

2. Hay muchos tipos de bautismos, pero un solo bautismo, clama el Apóstol (Efes. IV, 5). ¿Por qué? Hay bautismos de los gentiles, pero no son bautismos. Son lavados, no pueden ser bautismos. Se lava la carne, no se diluye la culpa; más bien se contrae en ese lavado. Pero había bautismos de los judíos (Marcos VII, 8), algunos superfluos, otros en figura. Y esa figura nos beneficia, porque es mensajera de la verdad.

CAPÍTULO II.

Se explican la piscina de Betesda movida por el ángel, y la respuesta del paralítico a Cristo.

3. ¿Qué se leyó ayer? Un ángel, dice, descendía a la piscina según el tiempo, y cada vez que descendía el ángel, el agua se movía; y quien primero descendía, era sanado de cualquier enfermedad que tuviera. (Juan V, 4) Esto significa la figura del Señor nuestro Jesucristo que vendrá.

4. ¿Por qué ángel? Porque Él es el Ángel del gran consejo (Isaías IX, 6). Según el tiempo, que se reservaba para la última hora; para que en el mismo ocaso atrapara el día, y pospusiera el ocaso. Por lo tanto, cada vez que descendía el ángel, el agua se movía. Tal vez digas: ¿Por qué ahora no se mueve? Escucha por qué: Las señales son para los incrédulos, la fe para los creyentes (I Cor. XIV, 22).

5. Quien primero descendía, era sanado de toda enfermedad. ¿Quién es primero, en tiempo o en honor? Entiende ambos. Si en tiempo, el que primero descendía, era sanado antes, es decir, del pueblo judío más que del pueblo de las naciones. Si en honor, quien primero descendía, es decir, quien tuviera el temor de Dios, el estudio de la justicia, la gracia de la caridad, el afecto de la castidad; él era más sanado. Sin embargo, en aquel tiempo solo uno era sanado, entonces, digo, en aquel tiempo en figura quien primero descendía, solo él era curado. Cuánto mayor es la gracia de la Iglesia, en la que todos son salvados, cualquiera que descienda.

6. Pero vean el misterio. Vino nuestro Señor Jesucristo a la piscina, muchos enfermos yacían allí. Y fácilmente muchos enfermos yacían allí, donde solo uno era curado. Luego dijo al paralítico: Desciende. Él dijo: No tengo hombre (Juan V, 7). Mira dónde te bautizas. ¿De dónde es el bautismo, sino de la cruz de Cristo, de la muerte de Cristo? Allí está todo el misterio, porque por ti sufrió. En Él eres redimido, en Él serás salvado.

7. Hombre, dice, no tengo; esto es, porque por el hombre la muerte, y por el hombre la resurrección de los muertos (I Cor. XIX, 21). No podía descender, no podía ser salvado, quien no creía que nuestro Señor Jesús había asumido carne de la Virgen. Pero este que esperaba al mediador entre Dios y los hombres, al hombre Jesucristo, esperando a aquel de quien se dijo: Y el Señor enviará al hombre que los salve (Isaías XIX, 4); decía: No tengo hombre; y por eso mereció llegar a la sanidad, porque creía en el que había de venir. Sin embargo, hubiera sido mejor y más perfecto si hubiera creído que ya había venido quien esperaba que viniera.

CAPÍTULO III.

Después de narrar algunos detalles de la historia de Naamán, menciona brevemente otras figuras del mismo sacramento.

8. Ahora ve cada detalle. Dijimos que la figura precedió en el Jordán, cuando Naamán, aquel leproso, fue limpiado. Aquella muchacha de los cautivos (II Reyes V, 5) ¿quién es, sino quien tenía la apariencia de la Iglesia, y representaba la figura? Porque el pueblo de las naciones estaba cautivo, estaba cautivo, no digo cautividad bajo algún pueblo enemigo: sino que digo aquella cautividad que es mayor, cuando el diablo con los suyos domina con cruel imperio, y somete a sí mismo los cuellos cautivos de los pecadores.

9. Por lo tanto, tienes un bautismo, otro en el diluvio, tienes un tercer tipo, cuando en el Mar Rojo fueron bautizados los padres, tienes un cuarto tipo en la piscina, cuando el agua se movía. Ahora te pregunto si debes creer que tienes la presencia de la Trinidad en este bautismo, en el que se bautiza en la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

El Autor propone otras dos figuras del bautismo; en el hierro que flotó a las oraciones de Eliseo, y en la fuente que, al echarle madera, se hizo dulce.

10. Así mismo, nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio dice a los Apóstoles: Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19). Esta es la palabra del Salvador.

11. Dime, ¡oh hombre! Elías invocó fuego del cielo, y descendió fuego del cielo (III Reyes XVIII, 38). Eliseo invocó el nombre del Señor, y el hierro del hacha que había caído en el agua ascendió (II Reyes VI, 6). He aquí otro tipo de bautismo. ¿Por qué? Porque todo hombre antes del bautismo es como hierro que se hunde y se sumerge: cuando ha sido bautizado, no como hierro, sino como una especie de madera fructífera más ligera se eleva. Por lo tanto, aquí también hay otra figura. Era un hacha con la que se cortaban maderas. El mango cayó del hacha, es decir, el hierro se hundió. El hijo del profeta no sabía qué hacer: pero solo sabía esto, que debía rogar al profeta Eliseo, y pedir remedio. Entonces él echó madera, y el hierro fue levantado. Ves, por lo tanto, que en la cruz de Cristo se levanta la debilidad de todos los hombres.

12. Otro, aunque no seguimos el orden; ¿quién puede comprender todas las obras de Cristo? como dijeron los apóstoles (Juan XXI, 25). Moisés, cuando llegó al desierto, y el pueblo tenía sed, y llegó a la fuente de Mara, y quería beber agua: porque cuando primero la sacó, sintió amargura, y comenzó a no poder beber; por eso Moisés echó madera en la fuente, y el agua que antes era amarga, comenzó a endulzarse (Éxodo XV, 23 y ss.)

13. ¿Qué significa, sino que toda criatura sujeta a corrupción, el agua es amarga para todos? Aunque por un tiempo es dulce, aunque por un tiempo es agradable; sin embargo, es amarga, que no puede quitar el pecado. Cuando bebas, tendrás sed: cuando comiences a sentir la suavidad de la bebida, nuevamente sentirás amargura. Por lo tanto, el agua es amarga: pero cuando recibas la cruz de Cristo, cuando recibas el sacramento celestial, comienza a ser dulce y agradable: y con razón dulce, en la que se revoca la culpa. Por lo tanto, si los bautismos en figura tuvieron tanto poder, ¿cuánto más vale el bautismo en verdad?

CAPÍTULO V.

Afirma que la Trinidad está presente a las oraciones del sacerdote, y lo confirma con las figuras corporales en las que se dice que el Espíritu Santo descendió sobre Cristo y los discípulos.

14. Ahora consideremos. Viene el sacerdote (De Consec., dist. 4, cap. Venit sacerdos), dice la oración sobre la fuente, invoca el nombre del Padre, la presencia del Hijo y del Espíritu Santo: usa palabras celestiales. ¿Cuáles son las palabras celestiales? Son de Cristo, que bauticemos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Si, por lo tanto, a la palabra de los hombres, a la invocación del santo, estaba presente la Trinidad, ¿cuánto más está presente allí, donde opera la palabra eterna? ¿Queréis saber que desciende el Espíritu? Has oído que descendió como una paloma (Mat. III, 16). ¿Por qué como una paloma? Para que los incrédulos fueran llamados a la fe. Al principio debía haber una señal, en los posteriores debe haber perfección.

15. Toma otro: Después de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, los apóstoles estaban en un lugar, y oraban en el día de Pentecostés; y de repente se hizo un gran sonido, como cuando el Espíritu se lleva con gran fuerza, y se vieron lenguas dispersas, como fuego (Hechos II, 2, 3). ¿Qué significa esto, sino el descenso del Espíritu Santo, que quiso mostrarse incluso corporalmente a los incrédulos, es decir, corporalmente por la señal, espiritualmente por el sacramento? Por lo tanto, es un testimonio manifiesto de su venida, pero a nosotros ya se nos

concede la prerrogativa de la fe; porque al principio las señales se hacían para los incrédulos, a nosotros ya en la plenitud de la Iglesia no por señal, sino por fe se debe recoger la verdad.

CAPÍTULO VI.

Afirma que, habiéndose dictado sentencia de muerte sobre los hombres por el pecado, el bautismo fue inventado para resucitarlos.

16. Ahora discutamos qué es lo que se dice bautismo. Viniste a la fuente, descendiste en ella, observaste al sumo sacerdote, viste a los levitas y al presbítero en la fuente. ¿Qué es el bautismo?

17. Al principio, nuestro Dios hizo al hombre, para que si no probaba el pecado, no muriera. Contrajo el pecado, se hizo sujeto a la muerte, fue expulsado del paraíso. Pero el Señor, que quería que sus beneficios permanecieran, y abolir todas las insidias de la serpiente, también rescindir todo lo que dañó; primero dictó sentencia sobre el hombre: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19); e hizo al hombre sujeto a la muerte. Era una sentencia divina, no podía ser disuelta por la condición humana. Se dio un remedio, para que el hombre muriera y resucitara. ¿Por qué? Para que lo que antes había cedido en lugar de condenación, cediera en lugar de beneficio. ¿Qué es eso sino la muerte? ¿Preguntas cómo? Porque la muerte interviniendo pone fin al pecado. Porque cuando morimos, ciertamente dejamos de pecar. Por lo tanto, parecía que se había satisfecho la sentencia, porque el hombre que había sido hecho para vivir, si no pecaba, comenzaba a morir. Pero para que la gracia perpetua de Dios perseverara, el hombre murió: pero Cristo encontró la resurrección, es decir, para restaurar el beneficio celestial, que había sido perdido por el engaño de la serpiente. Ambos, por lo tanto, por nosotros; porque la muerte es el fin de los pecados, y la resurrección es la reforma de la naturaleza.

18. Sin embargo, para que en este mundo no prevalecieran el engaño o las insidias del diablo, se inventó el bautismo. De qué bautismo escucha lo que dice la Escritura, más bien el Hijo de Dios, porque los fariseos que no quisieron ser bautizados con el bautismo de Juan, despreciaron el consejo de Dios (Lucas VII, 30). Por lo tanto, el bautismo es el consejo de Dios. ¡Cuánta es la gracia, donde está el consejo de Dios!

19. Escucha, por lo tanto: porque para que en este mundo también se desatara el lazo del diablo, se inventó cómo el hombre viviera muerto, y viviera resucitado. ¿Qué es vivo? Esto es, viviendo la vida del cuerpo, cuando viene a la fuente, y se sumerge en la fuente. ¿Qué es el agua, sino de la tierra? Por lo tanto, se satisface la sentencia celestial sin el estupor de la muerte. Lo que sumerges, se disuelve la sentencia aquella: Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19); cumplida la sentencia, hay lugar para el beneficio y el remedio celestial. Por lo tanto, el agua es de la tierra, pero la posibilidad de nuestra vida no admitía que fuéramos cubiertos por la tierra, y resurgiéramos de la tierra. Además, no es la tierra la que lava, sino el agua la que lava; por eso la fuente es como una sepultura.

CAPÍTULO VII.

Se muestra que el ejemplo de la triple interrogación e inmersión existió en la triple respuesta de Pedro. ¿Por qué, si bien toda la Trinidad perdona los pecados, se dice que hay un solo nombre en el que debemos ser salvados; y de qué manera morimos con Cristo en el bautismo, y somos ungidos para la vida eterna?

20. Fuiste interrogado: ¿Crees en Dios Padre todopoderoso? Dijiste: Creo, y te sumergiste, es decir, fuiste sepultado. Nuevamente fuiste interrogado: ¿Crees en nuestro Señor Jesucristo, y en su cruz? Dijiste: Creo, y te sumergiste; por eso también fuiste sepultado con Cristo: porque quien es sepultado con Cristo, resucita con Cristo. Tercero fuiste interrogado: ¿Crees también en el Espíritu Santo? Dijiste: Creo, te sumergiste por tercera vez; para que la triple confesión absolviera la múltiple caída de la edad anterior.

21. Finalmente, para traeros un ejemplo, el santo apóstol Pedro después de que en la pasión del Señor parecía haber caído por la debilidad de la condición humana; quien antes había negado, después para abolir y resolver aquella caída, fue interrogado tres veces por Cristo, si amaba a Cristo; entonces él dice: Tú sabes, Señor, que te amo (Juan XXI, 15 y ss.). Lo dijo tres veces, para ser absuelto tres veces.

22. Así, por lo tanto, el Padre perdona el pecado, como lo perdona el Hijo, así también el Espíritu Santo. Sin embargo, nos mandó ser bautizados en un solo nombre, es decir, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. No te maravilles de que dijera un solo nombre donde hay, una sola sustancia, una sola divinidad, una sola majestad. Este es el nombre del que se dijo: En el cual debemos ser todos salvos (Hechos IV, 12). En este nombre todos fuisteis salvados, fuisteis devueltos a la gracia de la vida.

23. Clama, por lo tanto, el Apóstol, como habéis oído en la lectura presente: Porque todos los que son bautizados, son bautizados en la muerte de Jesús (Rom. VI, 3 y ss.). ¿Qué es en la muerte? Para que como Cristo murió, así también tú pruebes la muerte: como Cristo murió al pecado, y vive para Dios; así también tú estés muerto a las seducciones anteriores de los pecados por el sacramento del bautismo, y resucites por la gracia de Cristo. Por lo tanto, es muerte, pero no en la verdad de la muerte corporal, sino en similitud; porque cuando te sumerges, recibes la similitud de la muerte y la sepultura: recibes el sacramento de aquella cruz, en la que Cristo colgó, y su cuerpo fue clavado. Por lo tanto, cuando eres crucificado, te adhieres a Cristo, te adhieres a los clavos de nuestro Señor Jesucristo; para que el diablo no pueda arrancarte. Que te sostenga el clavo de Cristo, que revoca la debilidad de la condición humana.

24. Por lo tanto, te sumergiste (De Consec. dist. 4, cap. Mersisti), viniste al sacerdote: ¿qué te dijo? Dios, dice, Padre todopoderoso que te regeneró del agua y del Espíritu Santo, y te concedió tus pecados, Él mismo te unja para la vida eterna. Mira dónde fuiste ungido: para la vida, dice, eterna. No antepongas esta vida a aquella vida. Por ejemplo, si se levanta algún enemigo, si quiere quitarte tu fe, si amenaza con la muerte, para que alguien traicione, mira qué eliges: no elijas aquello en lo que no fuiste ungido, sino elige aquello en lo que fuiste ungido; para que prefieras la vida eterna a la vida temporal. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

LIBRO TERCERO.

361 CAPÍTULO PRIMERO.

¿Por qué en el bautismo somos sumergidos y vivificados, recibimos unguento en la cabeza, y qué es la regeneración? ¿De qué manera debemos imitar la naturaleza del pez en el mar de este mundo? También sobre el misterio del lavado de los pies, cuyo uso, aunque no prevalece en la Iglesia Romana, se declara de gran utilidad.

1. Ayer discutimos sobre la fuente, cuya forma es como la de un sepulcro; en la cual, creyendo en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, somos recibidos, sumergidos y resurgimos,

es decir, somos resucitados. Recibes el μύρον, es decir, el ungüento sobre la cabeza (De Consec. dist. 8, c. Accepisti myst.). ¿Por qué sobre la cabeza? Porque el sentido del sabio está en su cabeza, dice Salomón (Ecles. II, 14); pues la sabiduría sin gracia es fría: pero cuando la sabiduría recibe gracia, entonces su obra comienza a ser perfecta. Esto se llama regeneración.

2. ¿Qué es la regeneración? Tienes en los Hechos de los Apóstoles (Hech. XIII, 33) que aquel versículo que se dice en el segundo salmo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy, parece referirse a la resurrección. Pues el santo apóstol Pedro en los Hechos de los Apóstoles lo interpretó así, que cuando el Hijo resucitó de entre los muertos, la voz del Padre resonó: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7). Por eso se le llama primogénito de entre los muertos. Entonces, ¿qué es la resurrección, sino cuando resurgimos de la muerte a la vida? Así también en el bautismo, ya que es una semejanza de la muerte, sin duda mientras te sumerges y resurgues, se hace una semejanza de la resurrección. Por lo tanto, según la interpretación del apóstol Pedro, así como aquella resurrección fue regeneración, también esta resurrección es regeneración.

3. Pero, ¿qué dices porque te sumerges en el agua? ¿Por eso te extrañas, por eso te asalta la duda? Leemos: Produzca la tierra hierba verde (Gén. II, 11). De manera similar leíste sobre las aguas: Produzcan las aguas seres vivientes (Ibid, 20), y nacieron seres vivientes. Eso fue al principio de la creación: pero a ti se te ha reservado que el agua te regenere para la gracia, así como generó a otros para la vida. Imita a ese pez que, aunque ha obtenido una gracia menor, sin embargo debe ser un milagro para ti. Está en el mar, y está sobre las olas: está en el mar, y nada sobre las olas. En el mar la tempestad ruge, las tormentas braman: pero el pez nada, no se sumerge; porque está acostumbrado a nadar. Por lo tanto, para ti este mundo es un mar. Tiene diversas olas, aguas pesadas, tempestades feroces. Y tú sé pez, para que la ola del mundo no te sumerja. Hermosamente el Padre dice al Hijo: Yo te he engendrado hoy (Sal. II, 7), es decir, cuando redimiste al pueblo, cuando llamaste al reino del cielo, cuando cumpliste mi voluntad, probaste que eres mi Hijo.

4. Ascendiste de la fuente, ¿qué siguió? Escuchaste la lectura. El sumo sacerdote ceñido, aunque también los presbíteros lo hicieron, sin embargo, el inicio del ministerio es del sumo sacerdote. Ceñido, digo, el sumo sacerdote te lavó los pies. ¿Qué es este misterio? Sin duda escuchaste que el Señor, después de haber lavado los pies a los otros discípulos, vino a Pedro, y Pedro le dijo: ¿Tú me lavas los pies? (Juan XIII, 8). Esto es, ¿tú, Señor, lavas los pies al siervo? ¿Tú, inmaculado, me lavas los pies? ¿Tú, autor de los cielos, me lavas los pies? Tienes esto también en otro lugar: Vino a Juan, y Juan le dijo: Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? (Mat. III, 14). Yo soy pecador, ¿y tú vienes a mí, pecador, para que dejes tus pecados, tú que no has cometido pecado? Mira toda la justicia, mira la humildad, mira la gracia, mira la santificación: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.

5. No ignoramos que la Iglesia Romana no tiene esta costumbre, cuyo tipo seguimos en todo y forma: sin embargo, no tiene esta costumbre de lavar los pies. Mira, entonces, tal vez por la multitud se ha desviado. Sin embargo, hay quienes dicen y tratan de excusar, que esto no debe hacerse en el misterio, no en el bautismo, no en la regeneración: sino que los pies deben lavarse como a un huésped. Una cosa es de humildad, otra de santificación. Por lo tanto, escucha que es un misterio y santificación: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo (Juan XIII, 8). Esto lo digo, no para reprochar a otros, sino para recomendar mis propios oficios. En todo deseo seguir a la Iglesia Romana: pero también nosotros, los hombres, tenemos sentido; por eso lo que en otro lugar se guarda más correctamente, también nosotros lo guardamos más correctamente.

6. Seguimos al mismo apóstol Pedro, nos adherimos a su devoción. ¿Qué responde la Iglesia Romana a esto? Sin duda, el mismo apóstol Pedro es el autor de esta afirmación para nosotros, quien fue sacerdote de la Iglesia Romana. El mismo Pedro dice: Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza (Ibid., 9). Mira la fe. Lo que antes excusó, fue de humildad: lo que después ofreció, fue de devoción y fe.

7. El Señor le respondió, porque había dicho manos y cabeza: El que se ha lavado, no necesita lavarse de nuevo, sino solo los pies (Ibid., 10). ¿Por qué esto? Porque en el bautismo toda culpa se lava. Por lo tanto, la culpa se aleja: pero porque Adán fue engañado por el diablo (Gén. III, 6), y el veneno se derramó sobre sus pies, por eso lavas los pies; para que en esa parte en la que la serpiente acechó, se añada un mayor auxilio de santificación, para que después no pueda engañarte. Lavas, por lo tanto, los pies, para lavar los venenos de la serpiente. También contribuye a la humildad, para que en el misterio no nos avergoncemos de lo que despreciamos en el servicio.

CAPÍTULO II.

El bautizado es sellado con el Espíritu Santo, a quien, aunque todas las virtudes pertenecen, de alguna manera especial le corresponden siete: al mismo bautizado, cuando se acerque al altar, se le ungen los ojos como al ciego descrito en el Evangelio de Juan, lo que significa la confesión de los pecados: en este lugar, refutando a aquellos que niegan ser pecadores, demuestra que los ojos se abren con esta unción para ver las cosas espirituales.

8. Sigue el sello espiritual que escuchaste leer hoy (De Consec., dist. 4, c. Accepisti, § Sequitur); porque después de la fuente queda que se haga la perfección; cuando a la invocación del sacerdote se infunde el Espíritu Santo, el Espíritu de sabiduría e inteligencia, el Espíritu de consejo y fortaleza, el Espíritu de conocimiento y piedad, el Espíritu de temor del Señor: siete como virtudes del Espíritu (Isa. XI, 2).

9. Y todas las virtudes pertenecen al Espíritu: pero estas son como cardinales, como principales. ¿Qué hay más principal que la piedad? ¿qué más principal que el conocimiento de Dios? ¿qué más principal que la virtud? ¿qué más principal que el consejo de Dios? ¿qué más principal que el temor de Dios? así como el temor del mundo es debilidad, así el temor de Dios es gran fortaleza.

10. Estas son las siete virtudes cuando eres sellado. Pues como dice el santo Apóstol: Porque multiforme es, dice, la sabiduría de nuestro Dios (Efes. III, 10). Y así como multiforme es la sabiduría de Dios, así multiforme es el Espíritu Santo, que tiene diversas y variadas virtudes. Por eso también se dice Dios de las virtudes: lo que puede aplicarse al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Pero esto es de otra discusión, de otro tiempo.

11. ¿Qué sigue después de esto? Tienes que venir al altar (Sal. LXXIX, 5). Porque has venido, tienes que ver lo que antes no veías, esto es, el misterio que leíste en el Evangelio; si no lo leíste, ciertamente lo escuchaste. Un ciego se presentó al Salvador para ser curado: y aquel que curaba a otros solo con la palabra y el discurso, y devolvía con autoridad la luz a los ojos; sin embargo, en el libro del Evangelio que se escribe según Juan, quien verdaderamente vio grandes misterios más que los demás, y los designó, y los declaró; quiso prefigurar este misterio en él. Todos los santos evangelistas, todos los apóstoles excepto el traidor, todos santos; sin embargo, el santo Juan, que escribió el Evangelio último, como necesario requerido y elegido por Cristo, con una trompeta mayor derramó los misterios eternos. Todo lo que habló, es misterio. Otro dijo que el ciego fue curado, lo dijo Mateo, lo

dijo Lucas, lo dijo Marcos: solo Juan, ¿qué dice? Tomó lodo, y lo untó sobre sus ojos, y le dijo: Ve a Siloé. Y levantándose fue, y se lavó, y vino viendo (Juan IX, 6, 7).

12. Considera también tú los ojos de tu corazón. Veías lo que es corporal, con ojos corporales: pero lo que es de los sacramentos, con los ojos del corazón aún no podías ver. Por lo tanto, cuando diste tu nombre, tomó lodo, y lo untó sobre tus ojos. ¿Qué significa? Que confesaras tu pecado, que reconocieras tu conciencia, que hicieras penitencia de tus delitos, esto es, que reconocieras la suerte de la generación humana. Pues aunque no confiese el pecado, quien viene al bautismo, sin embargo, con esto mismo cumple la confesión de todos los pecados, que pide ser bautizado, para ser justificado, esto es, para pasar de la culpa a la gracia.

13. No pienses que es ocioso. Hay algunos, sé ciertamente de alguien que decía, cuando le decíamos: En esta edad debes ser más bautizado, él decía: ¿Por qué me bautizo? No tengo pecado. ¿Acaso he contraído pecado? Este no tenía lodo, que Cristo no le había quitado, esto es, no le había abierto los ojos; pues ningún hombre está sin pecado.

14. Por lo tanto, reconoce que eres hombre, quien se refugia en el bautismo de Cristo. Así que también a ti te impuso lodo, esto es, vergüenza, prudencia, consideración de tu fragilidad; y te dijo: Ve a Siloé. ¿Qué es Siloé? Que se interpreta, dice, enviado, esto es: Ve a esa fuente en la que se predica la cruz del Señor: ve a esa fuente en la que Cristo redimió todos los errores.

15. Fuiste, te lavaste, viniste al altar, comenzaste a ver lo que antes no veías; esto es, por la fuente del Señor y la predicación de la pasión del Señor entonces se abrieron tus ojos: que antes parecías estar ciego de corazón, comenzaste a ver la luz de los sacramentos. Por lo tanto, hermanos amadísimos, hemos llegado hasta el altar, a un tratado más abundante. Y por eso, porque es el tiempo, no podemos comenzar una discusión completa: porque es un tratado más extenso, basta con lo que se ha dicho hoy; y mañana, si al Señor le place, trataremos sobre los mismos sacramentos.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Tabernáculo de la ley antigua, y lo que era costumbre observar allí, se adaptan al baptisterio y los efectos del bautismo.

1. En el Antiguo Testamento los sacerdotes solían entrar frecuentemente en el primer tabernáculo: en el segundo tabernáculo entraba una vez al año el sumo sacerdote (Lev. XVI, 2 y ss.). Lo que recordando claramente a los Hebreos, el apóstol Pablo explica la serie del Antiguo Testamento (Heb. IX, 1 y ss.). En el segundo tabernáculo había maná, también estaba la vara de Aarón que se secó, y después floreció, y había un incensario.

2. ¿A qué apunta esto? Para que entiendan qué es el segundo tabernáculo, en el que el sacerdote los ha introducido, en el que solía entrar una vez al año el sumo sacerdote, esto es, al baptisterio, donde floreció la vara de Aarón (Núm. XVII, 8). Antes estaba seca, después floreció: y tú estabas seco, y comenzaste a florecer en la fuente irrigada. Estabas seco por los pecados, estabas seco por los errores y delitos: pero ya comenzaste a dar fruto, plantado junto a corrientes de aguas.

3. Pero tal vez digas: ¿Qué tiene esto que ver con el pueblo, si la vara del sacerdote estaba seca, y floreció? ¿Quién es el pueblo sino sacerdotal? A quienes se les dijo: Vosotros sois

linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, como dice el apóstol Pedro (I Pedro II, 9). Cada uno es ungido en sacerdocio, es ungido también en reino: pero es un reino espiritual, y un sacerdocio espiritual.

4. En el segundo tabernáculo también está el incensario (Heb. IX, 4), que solía exhalar buen olor; así también ustedes ya son buen olor de Cristo, ya no hay en ustedes parte de delitos, ningún olor de error más grave.

CAPÍTULO II.

La condición humana en el bautismo es admirada incluso por los ángeles; pues a través de él se revoca a la gracia de la inocencia y la juventud.

5. Sigue que vengan al altar. Han comenzado a venir: los ángeles los han observado, los han visto llegar, y aquella condición humana, que antes estaba manchada por la oscura suciedad de los pecados, la han visto de repente resplandecer. Por eso dijeron: ¿Quién es esta que sube del desierto blanqueada? (Cant. VIII, 5). Por lo tanto, los ángeles se maravillan. ¿Quieres saber que se maravillan? Escucha entonces al apóstol Pablo diciendo que nos han sido dadas cosas que los ángeles desean ver (I Pedro I, 12). Y de nuevo: Lo que ojo no vio, ni oído oyó... que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9).

6. Luego, reconoce lo que has recibido. El santo profeta David vio esta gracia en figura y la deseó. ¿Quieres saber que la deseó? De nuevo escucha diciendo: Rocíame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré más blanco que la nieve (Sal. L, 9). ¿Por qué? Porque la nieve, aunque es blanca, pronto se mancha y corrompe con alguna suciedad: esta gracia que has recibido, si mantienes lo que has recibido, será duradera y perpetua.

7. Venías, por lo tanto, deseando al altar, como quien había visto tanta gracia; venías deseando al altar, para recibir el sacramento. Que tu alma diga: Y entraré al altar de mi Dios, al Dios que alegra mi juventud (Sal. XLII, 4). Has dejado la vejez de los pecados, has tomado la juventud de la gracia: esto te han otorgado los sacramentos celestiales. Por lo tanto, de nuevo escucha a David diciendo: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5). Has comenzado a ser un buen águila, que buscas el cielo; desprecias las cosas terrenales. Buenas águilas alrededor del altar: Porque donde está el cuerpo, allí estarán las águilas (Mat. XXIV, 28). La forma del cuerpo es el altar, y el cuerpo de Cristo está en el altar: ustedes son las águilas, renovadas por la ablución del delito.

CAPÍTULO III.

Para persuadir que este sacramento debe ser considerado más divino que el maná, afirma que el mismo cuerpo de Cristo se hace del pan por la palabra de Cristo: lo que después de confirmar con varios efectos, en los que se manifiesta la eficacia de la misma palabra, da la razón de por qué la sangre se da bajo una especie diferente.

8. Veniste al altar, viste los sacramentos colocados sobre el altar, y ciertamente te maravillaste de la criatura; sin embargo, una criatura solemne y conocida.

9. Tal vez alguien diga: Dios otorgó tanta gracia a los judíos, les llovió maná del cielo (Éxodo XVI, 13): ¿qué más dio a sus fieles, qué más otorgó a aquellos a quienes prometió más?

10. Escucha lo que digo, que los misterios de los cristianos son anteriores a los de los judíos, y que los sacramentos de los cristianos son más divinos que los de los judíos. ¿Cómo?

Escucha. ¿Cuándo comenzaron a existir los judíos? Sin duda, desde Judá, el bisnieto de Abraham; o, si quieres entenderlo así, desde la Ley, es decir, cuando los judíos merecieron recibir la Ley. Por lo tanto, los judíos se llamaron así desde el bisnieto de Abraham, o desde el tiempo del santo Moisés. Y si entonces Dios hizo llover maná del cielo a los judíos murmuradores, sin embargo, la figura de estos sacramentos te precedió, cuando Abraham estaba, cuando reunió a sus trescientos dieciocho siervos nacidos en su casa, y persiguió a tus adversarios, rescatando a su sobrino de la cautividad; entonces vino victorioso, le salió al encuentro el sacerdote Melquisedec, y le ofreció pan y vino (Gén. XIV, 18). ¿Quién tenía pan y vino? Abraham no lo tenía. Pero, ¿quién lo tenía? Melquisedec. Él, por lo tanto, es el autor de los sacramentos (Heb. VII, 1 y ss.). ¿Quién es Melquisedec? Quien se significa como rey de justicia, rey de paz. ¿Quién es este rey de justicia? ¿Acaso algún hombre puede ser rey de justicia? ¿Quién, entonces, es rey de justicia, sino la justicia de Dios, que es la paz de Dios, la sabiduría de Dios? Quien pudo decir: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27).

11. Por lo tanto, primero entiende que estos sacramentos que recibes son anteriores a los sacramentos de Moisés, cualesquiera que los judíos digan tener; y que el pueblo cristiano comenzó antes que el pueblo de los judíos: pero nosotros en la predestinación, ellos en el nombre.

12. Por lo tanto, Melquisedec ofreció pan y vino. ¿Quién es Melquisedec? Sin padre, dice, sin madre, sin orden de generación, ni principio de días, ni fin de vida tiene: esto lo tiene la epístola a los Hebreos. Sin padre, dice, y sin madre es. ¿Semejante a quién? Al Hijo de Dios. Sin madre nació el Hijo de Dios en generación celestial, porque nació solo de Dios Padre: y de nuevo sin padre nació, cuando nació de la Virgen; pues no fue engendrado de semilla viril: sino nacido del Espíritu Santo (Mat. I, 20) y de la virgen María, nacido del vientre virginal, semejante en todo al Hijo de Dios. También Melquisedec era sacerdote; porque también Cristo es sacerdote, a quien se le dice: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4).

CAPÍTULO IV.

Para persuadir que este sacramento debe ser considerado más divino que el maná, afirma que el mismo cuerpo de Cristo se hace del pan por la palabra de Cristo: lo que después de confirmar con varios efectos, en los que se manifiesta la eficacia de la misma palabra, da la razón de por qué la sangre se da bajo una especie diferente.

13. Entonces, ¿quién es el autor de los sacramentos, sino el Señor Jesús? Estos sacramentos vinieron del cielo; pues todo consejo es del cielo. Verdaderamente es un gran y divino milagro que Dios hizo llover maná del cielo al pueblo, y el pueblo no trabajaba, y comía.

14. Tú tal vez dices: Mi pan es común. Pero este pan es pan antes de las palabras del sacramento (De Consec., dist. 2, c. Panis est): donde ha llegado la consagración, de pan se convierte en carne de Cristo. Esto, pues, lo afirmamos. ¿Cómo puede el que es pan, ser cuerpo de Cristo? Por la consagración. ¿Y con qué palabras es la consagración, con qué discursos? Del Señor Jesús. Pues todo lo demás que se dice en lo anterior, lo dice el sacerdote, se ofrecen alabanzas a Dios, se pide oración por el pueblo, por los reyes, por los demás: cuando se llega a confeccionar el venerable sacramento, ya no usa el sacerdote sus propias palabras, sino que usa las palabras de Cristo. Por lo tanto, la palabra de Cristo es la que realiza este sacramento.

15. ¿Cuál es la palabra de Cristo? Precisamente aquella por la cual fueron hechas todas las cosas. Mandó el Señor, y se hizo el cielo: mandó el Señor, y se hizo la tierra: mandó el Señor, y se hicieron los mares. Mandó el Señor, y toda criatura fue generada (Gen. I, 1 y ss.). Ves, pues, cuán operativa es la palabra de Cristo. Si, por tanto, tanta fuerza hay en la palabra del Señor Jesús, que comenzaron a existir las cosas que no eran, ¿cuánto más operativa es, para que sean las que eran, y se transformen en otra cosa? No había cielo, no había mar, no había tierra; pero escucha a David diciendo: Él dijo, y fueron hechas: él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5).

16. Por lo tanto, para responderte, no era el cuerpo de Cristo antes de la consagración: pero después de la consagración te digo que ya es el cuerpo de Cristo. Él dijo, y fue hecho: él mandó, y fue creado. Tú mismo eras, pero eras una criatura vieja: después de que fuiste consagrado, comenzaste a ser una nueva criatura. ¿Quieres saber cuán nueva criatura? Todo, dice, en Cristo es nueva criatura (II Cor. V, 17).

17. Toma, pues, cómo la palabra de Cristo ha solido cambiar toda criatura, y cambia, cuando quiere, las instituciones de la naturaleza. ¿Cómo lo preguntas? Toma, y primero de todo tomemos un ejemplo de su generación. Es costumbre que no se genere un hombre, sino de varón y mujer, y de la costumbre conyugal: pero porque quiso el Señor, porque eligió este sacramento, de Espíritu Santo y Virgen nació Cristo, esto es, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Ves, pues, que contra las instituciones y el orden nació, ¿nació hombre de una Virgen?

18. Toma otro. El pueblo de los judíos era acosado por los egipcios, estaba encerrado por el mar: por mandato divino Moisés tocó las aguas con la vara, y la ola se dividió; no según la costumbre de su naturaleza, sino según la gracia del mandato celestial (Éxodo XIV, 21 y ss.). Toma otro. El pueblo tenía sed, llegó a una fuente: la fuente era amarga, Moisés santo arrojó un leño a la fuente, y la fuente que era amarga se hizo dulce; esto es, cambió la costumbre de su naturaleza, recibió la dulzura de la gracia (Éxodo XV, 23 y ss.). Toma también un cuarto ejemplo. El hierro del hacha había caído en las aguas, como el hierro por su costumbre se hundió: Eliseo arrojó un leño, inmediatamente el hierro fue elevado, y flotó sobre las aguas (IV Reyes VI, 6): ciertamente contra la costumbre del hierro; pues es una materia más pesada que el elemento del agua.

19. ¿De todo esto no entiendes cuánto opera la palabra celestial? Si operó en la fuente terrena, si operó la palabra celestial en otras cosas, ¿no opera en los Sacramentos celestiales? Por lo tanto, aprendiste que del pan se hace el cuerpo de Cristo, y que vino y agua se ponen en el cáliz: pero se hace sangre por la consagración de la palabra celestial (De Consec., dist. 2, c. Panis, § Ergo, y § Sed forte).

20. Pero tal vez dices: No veo la apariencia de la sangre. Pero tiene semejanza: así como tomaste la semejanza de la muerte, así también bebes la semejanza de la preciosa sangre; para que no haya horror de sangre, y sin embargo opere el precio de la redención. Aprendiste, pues, que lo que recibes es el cuerpo de Cristo.

CAPÍTULO V.

Con las mismas palabras del Señor se consagra y se hace verdaderamente su cuerpo y sangre; por lo tanto, de aquí se deduce bien que este sacramento supera al maná, cuya verdad se confirma por la voz, Amén.

21. ¿Quieres saber que se consagra con palabras celestiales (De Consec., dist. 2, c. Panis, § Vis scire)? Toma cuáles son las palabras. Dice el sacerdote: Haznos, dice, esta ofrenda inscrita, válida, razonable, aceptable: que es figura del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Quien la víspera de su pasión, en sus santas manos tomó el pan, miró al cielo hacia ti, santo Padre omnipotente, eterno Dios, dando gracias, lo bendijo, lo partió, y lo dio a sus apóstoles y discípulos diciendo: Tomad, y comed de esto todos; esto es mi cuerpo, que por muchos será partido (Lucas XXII, 19).

22. De igual manera también el cáliz después de haber cenado, la víspera de su pasión, lo tomó, miró al cielo hacia ti, santo Padre omnipotente, eterno Dios, dando gracias, lo bendijo, y lo dio a sus apóstoles y discípulos, diciendo: Tomad, y bebed de esto todos; porque esta es mi sangre (Mateo XXVI, 27, 28). Mira todo eso. Esas palabras son del evangelista hasta Tomad, ya sea el cuerpo, ya sea la sangre. Desde ahí son palabras de Cristo: Tomad, y bebed de esto todos; porque esta es mi sangre. Y mira cada una.

23. La víspera, dice, de su pasión, en sus santas manos tomó el pan. Antes de ser consagrado, es pan; pero cuando las palabras de Cristo han llegado, es el cuerpo de Cristo. Por lo tanto, escucha diciendo: Tomad, y comed de él todos; esto es mi cuerpo. Y antes de las palabras de Cristo, el cáliz está lleno de vino y agua: cuando las palabras de Cristo han operado, allí se convierte en la sangre de Cristo, que redimió al pueblo. Por lo tanto, ve cuántas cosas puede convertir la palabra de Cristo. Luego el mismo Señor Jesús nos testimonia que recibimos su cuerpo y sangre. ¿Acaso debemos dudar de su fe y testimonio?

24. Ahora vuelve conmigo a mi proposición. Grande y venerable, ciertamente, que el maná lloviera del cielo para los judíos (Éxodo XVI, 13): pero entiende. ¿Qué es más, el maná del cielo, o el cuerpo de Cristo? Ciertamente el cuerpo de Cristo, que es el autor del cielo. Luego, quien comió el maná, murió: quien coma este cuerpo, obtendrá la remisión de los pecados, y no morirá eternamente (De Consec., dist. 2, c. Ante, § Qui manduc.).

25. Por lo tanto, no dices en vano: Amén, ya confesando en espíritu que recibes el cuerpo de Cristo. El sacerdote te dice: El cuerpo de Cristo; y tú dices: Amén, esto es, verdad. Lo que confiesa la lengua, que lo sostenga el afecto.

CAPÍTULO VI.

La excelencia de este sacramento se prueba por el hecho de que a través de él se renueva la pasión del Señor, concluye el discurso, advirtiendo brevemente sobre el tema que tratará en los próximos días.

26. Pero para que sepas que esto es un sacramento, su figura lo precedió antes. Luego, conoce cuán grande es el sacramento. Mira lo que dice: Cuantas veces lo hagáis, tantas veces haréis memoria de mí, hasta que vuelva de nuevo (I Cor. XI, 26).

27. Y el sacerdote dice: Por lo tanto, recordando su gloriosísima pasión, y resurrección de entre los muertos, y ascensión al cielo, te ofrecemos esta hostia inmaculada, hostia razonable, hostia incruenta, este pan santo, y el cáliz de vida eterna: y pedimos y rogamos, que aceptes esta ofrenda en tu sublime altar por manos de tus ángeles, como te dignaste aceptar los dones de tu siervo justo Abel, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y lo que te ofreció el sumo sacerdote Melquisedec.

28. Por lo tanto, cada vez que recibes, ¿qué te dice el Apóstol? Cada vez que recibimos, anunciamos la muerte del Señor (De Consec., dist. 2, c. Si quotiesc.). Si anunciamos la

muerte, anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que se derrama la sangre, se derrama para la remisión de los pecados; debo recibirlo siempre, para que siempre se me perdonen los pecados. Quien siempre peca, siempre debe tener medicina.

29. Mientras tanto, hoy hemos explicado cuanto hemos podido: pero mañana sábado y el domingo hablaremos del orden de la oración, como podamos. Que el Señor nuestro Dios conserve para vosotros la gracia que os ha dado, y que los ojos que os ha abierto, se digne iluminarlos más plenamente por su Hijo unigénito, rey y salvador nuestro Señor Dios, por quien a él, y con quien a él es la alabanza, el honor, la gloria, la magnificencia, el poder con el Espíritu Santo, desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Primero repite lo que ya se ha dicho de que la figura del sacramento, y por tanto de Cristo mismo, precedió en Melquisedec y su sacrificio: luego presenta la doble razón por la que se mezcla agua en el cáliz.

1. Nuestro discurso y tratado de ayer fue llevado hasta los sacramentos del santo altar. Y conocimos que la figura de estos sacramentos precedió en los tiempos de Abraham, cuando el santo Melquisedec ofreció sacrificio (Gen. XIV, 18), sin tener principio ni fin de días. Escucha, hombre, lo que dice el apóstol Pablo a los Hebreos. ¿Dónde están los que dicen que el Hijo de Dios es de la época de Melquisedec? Se ha dicho, que no tiene principio ni fin de días: si Melquisedec no tiene principio de días, ¿pudo tenerlo Cristo (Hebr. VII, 1 y ss.)? Pero no es más la figura que la verdad. Ves, pues, que él es el primero y el último (Apoc. I, 8). Primero, porque es el autor de todo: último, no porque encuentre fin, sino porque concluye todo.

2. Dijimos, pues, que en el altar se coloca el cáliz y el pan. ¿Qué se pone en el cáliz? Vino. ¿Y qué más? Agua (De Consec., dist. 2, c. In calicem. Éxodo XVII, 6). Pero tú me dices: ¿Cómo entonces Melquisedec ofreció pan y vino? ¿Qué significa la mezcla de agua? Recibe la razón.

3. Primero de todo, ¿qué tiene la figura que precedió en el tiempo de Moisés? Que cuando el pueblo de los judíos tenía sed, y murmuraba porque no podían encontrar agua, Dios mandó a Moisés que tocara la roca con la vara. Tocó la roca, y la roca derramó una gran ola, como dice el Apóstol: Y bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (I Cor. X, 4). No una roca inmóvil que seguía al pueblo. Y tú bebe, para que Cristo te siga. Mira el misterio. Moisés, esto es, el profeta: la vara, esto es, la palabra de Dios. El sacerdote toca la roca con la palabra de Dios, y fluye agua, y bebe el pueblo de Dios. Por lo tanto, el sacerdote toca, el agua rebosa en el cáliz, salta a la vida eterna, y bebe el pueblo de Dios, que ha alcanzado la gracia de Dios. Aprendiste, pues, esto.

4. Toma también otro. En el tiempo de la pasión del Señor, cuando se acercaba el gran sábado, porque nuestro Señor Jesucristo o los ladrones vivían, fueron enviados a quebrarles las piernas: pero al llegar encontraron muerto al Señor Jesucristo; entonces uno de los soldados tocó su costado con una lanza, y de su costado salió agua y sangre (Juan XIX, 33 y ss.). ¿Por qué agua? ¿Por qué sangre? Agua, para purificar: sangre, para redimir. ¿Por qué del

costado? Porque de donde la culpa, de allí la gracia. Culpa por la mujer, gracia por el Señor Jesucristo (De Consec., dist. 2, c. In calicem, § De latere).

CAPÍTULO II.

Cómo quien haya sido purificado, y sea invitado por Cristo, y aspire a la inestimable dulzura del sacramento, se muestra mediante la interpretación mística de ciertos pasajes del Cantar de los Cantares.

5. Has venido al altar, te llama el Señor Jesús, o a tu alma, o a la Iglesia, y dice: Que me bese con los besos de su boca (Cant. I, 1). ¿Quieres aplicarlo a Cristo? Nada más grato. ¿Quieres aplicarlo a tu alma? Nada más placentero.

6. Que me bese. Ves que estás limpio de todo pecado, porque las faltas han sido borradas; por eso te juzga digno de los sacramentos celestiales y por eso te invita al banquete celestial: Que me bese con los besos de su boca.

7. Sin embargo, por lo que sigue, tu alma, o la condición humana, o la Iglesia viendo que ha sido limpiada de todos los pecados, y digna de poder acercarse al altar de Cristo (¿qué es el altar, sino la forma del cuerpo de Cristo?) vio los sacramentos maravillosos, y dice: Que me bese con los besos de su boca, esto es, que Cristo me imprima un beso.

8. ¿Por qué? Porque mejores son tus amores que el vino (Cant. I, 1); esto es, mejores son tus sentidos, mejores son tus sacramentos que el vino. Sobre aquel vino, que aunque tiene dulzura, tiene alegría, tiene gracia; sin embargo, en él hay alegría mundana, en ti hay gozo espiritual. Ya entonces Salomón introduce las bodas de Cristo y la Iglesia, o del espíritu y la carne y el alma.

9. Y añadió: Ungüento derramado es tu nombre, por eso las doncellas te amaron (Ibid., 2). ¿Quiénes son esas doncellas, sino las almas de cada uno, que han dejado la vejez de este cuerpo, renovadas por el Espíritu Santo?

10. Atráenos, tras el olor de tus ungüentos correremos (Ibid., 3). Mira lo que dice. No puedes seguir a Cristo, a menos que él te atraiga. Por lo tanto, para que sepas: Cuando sea exaltado, dice, todo lo atraeré a mí mismo (Juan XII, 32).

11. Me introdujo el Rey en su cámara. El griego: En su despensa, y en su bodega, tiene. Donde hay buenas libaciones, donde hay buenos olores, donde hay mieles dulces, donde hay frutos diversos, donde hay banquetes variados; para que tu comida sea condimentada con muchos manjares.

CAPÍTULO III.

Qué abundantes frutos retornan a quienes han recibido el cuerpo del Señor; y cómo responde Cristo a la Iglesia que se regocija por la multitud de comensales: cuánta alegría sienten los fieles liberados de la servidumbre egipcia en este alimento.

12. Por lo tanto, has venido al altar, has recibido el cuerpo de Cristo. Escucha de nuevo qué sacramentos has alcanzado. Escucha al santo David diciendo; y él en el Espíritu preveía estos misterios, y se alegraba, y decía que nada le faltaba. ¿Por qué? Porque quien haya recibido el cuerpo de Cristo, no tendrá hambre eternamente.

13. ¿Cuántas veces has escuchado el salmo veintidós, y no lo has entendido? Mira cómo se adapta a los sacramentos celestiales (De Consec., dist. 2, c. In calicem, § Audi psalmum): El Señor me apacienta, y nada me faltará, en lugar de pastos allí me colocó. Junto a aguas de reposo me condujo, mi alma restauró. Me guió por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado; ellos me consuelan. Preparaste mesa delante de mí en presencia de mis enemigos. Ungiste mi cabeza con aceite; mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es!

14. Por lo tanto, habéis venido al altar, habéis recibido la gracia de Cristo, habéis alcanzado los sacramentos celestiales. La Iglesia se alegra por la redención de muchos, y se regocija con exultación espiritual al ver a su familia vestida de blanco. Tienes esto en el Cantar de los Cantares. Se alegra invocando a Cristo, teniendo preparado un banquete que parece digno de un festín celestial. Por eso dice: Que mi hermano descienda a su jardín, y tome el fruto de sus árboles frutales (Cant. V, 1). ¿Cuáles son esos árboles frutales? Te habías convertido en un árbol seco en Adán: pero ahora por la gracia de Cristo brotáis como árboles frutales.

15. El Señor Jesús acepta con gusto, y con dignación celestial responde a su Iglesia: He descendido, dice, a mi jardín, he recogido mi mirra con mis ungüentos: he comido mi pan con mi miel, y he bebido mi vino con mi leche. Comed, dice, hermanos míos, y embriagaos (Ibid.).

16. He recogido mi mirra con mis ungüentos. ¿Cuál es esa vendimia? Conoced la viña, y conoceréis la vendimia. Trasplantaste una viña de Egipto (Sal. LXXIX, 9), esto es, el pueblo de Dios. Vosotros sois la viña, vosotros sois la vendimia: como viña plantados, como vendimia habéis dado fruto. He recogido mi mirra con mis ungüentos, esto es, en el aroma que habéis recibido.

17. He comido mi pan con mi miel. Ves que en este pan no hay amargura alguna, sino que toda es dulzura. He bebido mi vino con mi leche. Ves que esta alegría es tal, que no se mancha con las suciedades de ningún pecado. Porque cada vez que bebes, recibes la remisión de los pecados, y te embriagas en el espíritu (De Consec., dist. 2, c. In calicem, § Quotiescumque). Por eso también el Apóstol dice: No os embriaguéis con vino... sino llenaos del Espíritu Santo (Efes. V, 18); porque quien se embriaga con vino, vacila y titubea: quien se embriaga con el Espíritu, está arraigado en Cristo. Y por eso es una embriaguez gloriosa, que opera la sobriedad de la mente. Estas son las cosas que hemos recorrido brevemente sobre los sacramentos.

CAPÍTULO IV.

Para instruir a los nuevos fieles en la forma de orar, expone brevemente la oración del Señor propuesta a ellos como un espejo.

18. Ahora, ¿qué queda, sino la oración? Y no penséis que es de poca virtud saber cómo orar. Los santos apóstoles decían al Señor Jesús: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. Entonces el Señor dijo la oración: Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre: venga tu reino: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: danos hoy nuestro pan de cada día: y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal (Lucas XI, 1 y ss.). Ves cuán breve es la oración, y llena de todas las virtudes: ¡cuán grande es la gracia de la primera palabra!

19. ¡Oh hombre! No te atrevías a levantar tu rostro al cielo, dirigías tus ojos a la tierra, y de repente recibiste la gracia de Cristo, todos tus pecados te fueron perdonados. De siervo malo te convertiste en buen hijo; por eso presume, no de tu obra, sino de la gracia de Cristo: porque por gracia habéis sido salvados (Efesios II, 5), dice el Apóstol. No hay aquí arrogancia, sino fe: proclamar lo que has recibido no es soberbia, sino devoción. Por tanto, levanta los ojos al Padre, que te engendró por el lavacro: al Padre que te redimió por el Hijo, y di: Padre nuestro. Buena presunción, pero moderada. Dices Padre como hijo: pero no reclames algo especial para ti. Solo Cristo tiene al Padre como especial, para nosotros es Padre en común; porque a Él solo engendró, a nosotros nos creó. Di entonces también tú por gracia: Padre nuestro; para que merezcas ser hijo. En la mirada y consideración de la Iglesia encomiéndate a ti mismo.

20. Padre nuestro, que estás en los cielos. ¿Qué significa en los cielos? Escucha a la Escritura diciendo: El Señor está por encima de todos los cielos (Salmo CXII, 4). Y en todas partes tienes que el Señor está sobre los cielos de los cielos, como si no hubiera ángeles en los cielos, como si no hubiera Dominaciones en los cielos. Pero en aquellos cielos, de los que se ha dicho: Los cielos narran la gloria de Dios (Salmo XVIII, 2). El cielo está allí, donde cesó la culpa; el cielo está allí, donde los delitos son castigados: el cielo está allí, donde no hay herida de muerte.

21. Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre. ¿Qué significa, santificado? Como si deseáramos que sea santificado aquel que dijo: Sed santos, porque yo soy santo (Levítico XIX, 2), como si algo de nuestra oración de santificación se le añadiera. No, sino que sea santificado en nosotros, para que su santificación pueda llegar a nosotros.

22. Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre: venga tu reino. Como si el reino de Dios no fuera eterno. El mismo Jesús dice: Para esto he nacido (Juan XVIII, 37); y tú dices al Padre: Venga tu reino (Lucas XVII, 21); como si no hubiera venido. Pero entonces viene el reino de Dios, cuando habéis recibido su gracia (De Consec., dist. 2, c. In calicem, § Fiat voluntas). Él mismo dice: El reino de Dios está dentro de vosotros.

23. Venga tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: danos hoy nuestro pan de cada día. Por la sangre de Cristo todo ha sido pacificado, ya sea en el cielo o en la tierra: el cielo ha sido santificado, el diablo ha sido arrojado. ¿Dónde se encuentra? Donde también el hombre, a quien él engañó. Hágase tu voluntad, esto es, que haya paz en la tierra, como en el cielo.

24. Danos hoy nuestro pan de cada día. Recuerdo mi discurso cuando trataba sobre los sacramentos (Sup. lib. IV, cap. 4). Os dije que antes de las palabras de Cristo lo que se ofrece se llama pan: cuando las palabras de Cristo han sido pronunciadas, ya no se llama pan, sino que se llama cuerpo (De Consec., dist. 2, c. In calicem, § Dixi vobis). ¿Por qué entonces en la oración del Señor que sigue después, dice: Nuestro pan (Juan VI, 35)? Dijo pan, pero ἐπιούσιον, esto es, supersustancial. No es este pan, que va al cuerpo: sino aquel pan de vida eterna, que sostiene la sustancia de nuestra alma (De Consec. dist. 2, c. Non iste panis). Por eso en griego se dice ἐπιούσιος: pero en latín se ha dicho este pan cotidiano que los griegos llaman adveniente; porque los griegos dicen τὴν ἐπιούσιαν ἡμέραν día adveniente. Por tanto, lo que el latín dijo, y lo que el griego, ambos parecen útiles: el griego significó ambos en una sola palabra, el latín dijo cotidiano.

25. Si el pan es cotidiano, ¿por qué lo tomas después de un año, como acostumbran hacer los griegos en Oriente? Recibe cada día, lo que cada día te beneficia. Vive de tal manera que merezcas recibir cada día. Quien no merece recibir cada día, no merece recibir después de un año. Así como el santo Job ofrecía sacrificio cada día por sus hijos (Job, I, 5) por si acaso hubieran pecado en el corazón o en el discurso. Por tanto, escuchas que cada vez que se ofrece el sacrificio, se significa la muerte del Señor, la resurrección del Señor, la elevación del Señor y la remisión de los pecados: ¿y no tomas este pan de vida cada día (I Cor. XI, 26)? Quien tiene una herida, busca medicina. Hay una herida, porque estamos bajo el pecado: la medicina es el sacramento celestial y venerable.

26. Danos hoy nuestro pan de cada día. Si lo recibes cada día, cada día es hoy para ti. Si Cristo es hoy para ti, resucita cada día para ti. ¿Cómo? Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy (Salmo II, 7). Por tanto, es hoy, cuando Cristo resucita. Ayer y hoy es el mismo, dice el apóstol Pablo (Hebreos XIII, 8). Pero también en otro lugar dice: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Romanos XIII, 12): la noche de ayer ha pasado, el día de hoy se ha acercado.

27. Sigue: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¿Qué es la deuda, sino el pecado? Por tanto, si no tomaras el dinero del préstamo ajeno, no lo necesitarías; y por eso se te imputa el pecado. Tenías el dinero, con el cual naciste rico. Eras rico, hecho a imagen y semejanza de Dios (Génesis I, 26): perdiste lo que tenías, esto es, la humildad, mientras deseabas reclamar la arrogancia: perdiste el dinero, como Adán fue hecho desnudo (Génesis III, 7): tomaste del diablo una deuda, que no era necesaria. Y por eso, quien eras libre en Cristo, te hiciste deudor del diablo. Tu enemigo tenía tu garantía, pero el Señor la crucificó, y la borró con su sangre (Colosenses II, 14): quitó tu deuda, devolvió la libertad.

28. Bien dice entonces: Y perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Mira lo que dices: ¿Cómo yo perdono, así también tú perdóname a mí? Si perdonas, bien convienes, para que se te perdone. Si no perdonas, ¿cómo le pides que se te perdone?

29. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Mira lo que dice: Y no nos dejes caer en la tentación, que no podemos soportar. No dice: No nos induzcas en la tentación, sino que como atleta quiere una tentación que la condición humana pueda soportar; y cada uno sea liberado del mal, esto es, del enemigo, del pecado.

30. Pero el Señor, que quitó vuestro pecado y perdonó vuestras ofensas, es poderoso para proteger y guardaros contra las insidias del diablo adversario; para que no os sorprenda el enemigo, que acostumbra generar culpa. Pero quien se encomienda a Dios, no teme al diablo; Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros (Romanos VIII, 31)? A Él, pues, alabanza y gloria desde los siglos, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Como la verdadera carne de Cristo y la verdadera sangre están en el sacramento, consagrados por la omnipotencia del Verbo divino, y cubiertos con apariencia ajena para no causar ofensa; de esto se entiende que somos partícipes de la sustancia divina en ese alimento.

1. Así como nuestro Señor Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, no como los hombres por gracia, sino como Hijo de la sustancia del Padre; así es verdadera carne, como Él mismo dijo, la que recibimos, y es su verdadera bebida (De Consec., dist 2, c. Sicut est verus).

2. Pero tal vez digas (lo que dijeron en aquel tiempo también los discípulos de Cristo al escucharle decir (Juan VI, 54): Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no permaneceréis en mí, ni tendréis vida eterna); tal vez digas: ¿Cómo es verdadera? Veo la semejanza, no veo la verdad de la sangre (De Consec. dist. 2, c. Forte dicas).

3. Primero de todo te dije (Sup. lib. IV, cap. 4) sobre la palabra de Cristo que obra, para que pueda cambiar y convertir los géneros instituidos de la naturaleza (Juan VI, 67). Luego, cuando los discípulos de Cristo no soportaron su palabra, al escuchar que daría su carne para comer y su sangre para beber, se retiraban; sin embargo, solo Pedro dijo: Tienes palabras de vida eterna, y ¿cómo me apartaré de ti (Ibid., 69)? Para que no más dijeran esto, como si hubiera algún horror de sangre, sino que permaneciera la gracia de la redención; por eso en semejanza recibes el sacramento, pero verdaderamente consigues la gracia y virtud de la naturaleza.

4. Yo soy, dice, el pan vivo que descendió del cielo (Ibid., 41). Pero la carne no descendió del cielo, esto es, tomó carne en la tierra de la Virgen. ¿Cómo entonces descendió el pan del cielo, y es pan vivo? Porque nuestro mismo Señor Jesucristo es partícipe tanto de la divinidad como del cuerpo: y tú que recibes la carne, participas de su sustancia divina en ese alimento (De Cons. dist. 2, c. Sicut est verus, § Ego sum).

CAPÍTULO II.

En todos los sacramentos se puede advertir la operación de la Trinidad y la igualdad de las personas divinas, donde incidentalmente se menciona el error de los arrianos.

5. Por tanto, has recibido de los sacramentos, has conocido plenamente todo, que fuiste bautizado en el nombre de la Trinidad. En todo lo que hemos hecho, se ha guardado el misterio de la Trinidad. En todas partes el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una operación, una santificación; aunque algunas cosas parezcan ser especiales.

6. ¿Cómo? Dios que te ungió, y el Señor te selló, y puso el Espíritu Santo en tu corazón (II Cor. I, 21, 22). Has recibido, por tanto, el Espíritu Santo en tu corazón. Recibe otra cosa, porque así como el Espíritu Santo está en el corazón, también Cristo está en el corazón. ¿Cómo? Tienes esto en el Cantar de los Cantares, Cristo diciendo a la Iglesia: Ponme como un sello en tu corazón, como un sello en tus brazos (Can. VIII. 6).

7. Por tanto, Dios te ungió, Cristo te selló. ¿Cómo? Porque fuiste sellado a la forma de su cruz, a su pasión: recibiste el sello a su semejanza; para que resucites a su forma, vivas a su figura, quien fue crucificado al pecado, y vive para Dios: y tu hombre viejo fue sumergido en la fuente, crucificado al pecado, pero resucitó para Dios (Rom. VI, 4 y ss.).

8. Luego tienes en otro lugar algo especial, que Dios te llamó, en el bautismo, sin embargo, como especialmente te crucificas con Cristo. Luego como especialmente, cuando recibes el sello espiritual, ves que hay distinción de personas, pero todo el misterio de la Trinidad está conectado.

9. Luego, ¿qué te dijo el Apóstol, como se leyó hace tres días? Hay divisiones de dones, pero el mismo Espíritu. Hay divisiones de ministerios, pero el mismo Señor. Hay divisiones de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos (I Cor. XII, 4 y ss.). Todo, dice, lo opera Dios. Pero también se leyó sobre el Espíritu de Dios: Un mismo y único Espíritu distribuyendo a cada uno como quiere (Ibid., 21). Escucha a la Escritura diciendo que el

Espíritu distribuye según su voluntad, no por obediencia. Por tanto, el Espíritu distribuye la gracia a vosotros como quiere, no como se le ordena; y especialmente porque el Espíritu de Dios es el Espíritu de Cristo. Y tened esto, que es el mismo Espíritu Santo, el mismo Espíritu de Dios, el mismo Espíritu de Cristo, el mismo Espíritu consolador.

10. Los arrianos piensan que están menospreciando al Espíritu Santo, si dicen que es el Espíritu consolador. ¿Qué es consolador, sino consolador? Como si no se hubiera leído también sobre el Padre, que Él es el Dios de la consolación (II Cor. I, 3). Ves, por tanto, que en lo que piensan que deben menospreciar al Espíritu Santo, se proclama con pío afecto el poder del Padre eterno.

CAPÍTULO III.

A punto de enseñar la manera de orar, concilia las palabras de Cristo y del Apóstol, declarando que el cubículo del que habla Cristo debe interpretarse como el secreto del corazón y el silencio.

11. Ahora, cómo debemos orar, recibidlo. Hay muchas virtudes en la oración. Dónde debemos orar no es una cuestión menor, ni de poca importancia. Dice el apóstol: Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras sin ira ni disensión (I Tim. I, 8). Y el Señor dice en el Evangelio: Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación; y cerrada la puerta, ora a tu Padre (Mateo VI, 6). ¿No te parece que es contrario, que diga el Apóstol: Ora en todo lugar; y el Señor diga: Entra en tu habitación, y ora? Pero no es contrario. Resolvamos esto: luego cómo debes comenzar la oración, y en qué orden distinguir, qué añadir, qué alegrar, cómo cerrar la oración, luego por quién debes orar: digamos todas estas cosas.

12. Primero, dónde debes orar. Parece que Pablo dice una cosa, y el Señor otra. ¿Acaso Pablo pudo enseñar contra los preceptos de Cristo? No, en absoluto. ¿Por qué razón? Porque no es contrario, sino intérprete de Cristo: Sed imitadores de mí, como yo de Cristo, dice. ¿Qué, entonces? Puedes orar en todas partes, y siempre orar en tu habitación. Tienes tu habitación en todas partes. Aunque estés entre gentiles, entre judíos; tienes, sin embargo, en todas partes tu secreto. Tu habitación es tu mente. Aunque estés en medio del pueblo, conservas tu secreto y tu intimidad en el hombre interior.

13. Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación. Bien dice, entra; para que no ores como el judío, a quien se le dice: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Isaías IX, 13). No, por tanto, que tu oración proceda solo de los labios. Atiende con todo tu ánimo, entra en el retiro de tu pecho, entra por completo. No te muestres superficial ante aquel a quien deseas agradar. Que vea que oras de corazón para que se digne escucharte orando de corazón.

14. Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación. Tienes esto también en otro lugar: Anda, pueblo mío, y entra en tus aposentos, cierra tu puerta, escóndete un poco, hasta que pase la ira del Señor (Isaías XXVI, 20). Esto habló el Señor por el profeta: en el Evangelio, sin embargo, dijo: Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación; y cerrada la puerta, ora a tu Padre.

15. ¿Qué significa cerrada la puerta? Escucha qué puerta tienes, que debes cerrar cuando oras. ¡Ojalá las mujeres escucharan! Ya lo has escuchado; el santo David te enseñó diciendo: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta de contorno a mis labios (Salmo CXL, 3). Hay en otro lugar una puerta, que dice el apóstol Pablo diciendo: Para que se me abra puerta

de la palabra para hablar el misterio de Cristo (Colosenses IV, 3); esto es, cuando oras, no grites con palabras, ni difundas tu oración, ni la lances entre el pueblo. Ora en tu secreto, seguro de que puede escucharte en secreto, quien ve todo, y oye todo. Y ora a tu Padre en secreto, quien te escucha en secreto cuando le ruegas.

CAPÍTULO IV.

Por qué se debe orar en secreto más que con vociferación: por qué también los hombres deben orar en todo lugar, pero no las mujeres: y a qué se refieren las palabras sujetas: levantando manos puras, etc.

16. Preguntemos, sin embargo, qué beneficio hay, por qué razón debemos orar más en secreto que con vociferación. Escucha: tomemos un ejemplo de la costumbre de los hombres. Si ruegas a alguien que escucha rápidamente, no crees necesario el clamor: ruegas con voz moderada. Si ruegas a alguien sordo, ¿no comienzas a vociferar, para que pueda escucharte? Por tanto, quien clama, piensa que de otra manera Dios no puede escucharle sino clamando; y cuando le ruega, le menosprecia su poder: pero quien ora en silencio, le da fe, y confiesa que Dios es escudriñador del corazón y de los riñones (Salmo VII, 10), y escucha tu oración antes de que sea pronunciada por tu boca.

17. Por tanto, veamos: Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar (I Tim. II, 8). ¿Por qué razón dijo hombres? Sin duda la oración es común tanto para mujeres como para hombres. Lo que no encuentro, a menos que el santo Apóstol haya dicho hombres por esta razón, para que las mujeres no usurpen, y mal entiendan en todo lugar, y comiencen a clamar en todas partes, a quienes no podemos soportar en la Iglesia.

18. Quiero, pues, que los hombres, esto es, quienes puedan guardar el precepto, oren en todo lugar, levantando manos puras. ¿Qué significa, levantando manos puras? ¿Acaso debes en tu oración mostrar la cruz del Señor a las gentes? Ese signo es de virtud, no de vergüenza. Sin embargo, hay una manera de orar, sin mostrar la figura, sino levantando tus acciones. Si deseas realizar tu obra, levanta manos puras por la inocencia. Levántalas no cada día: las levantaste una vez, no es necesario levantarlas de nuevo.

19. Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos puras sin ira ni disensión. Nada más cierto: La ira, dice, pierde incluso a los sabios (Proverbios XV, 1). Por eso en todo tiempo, en cuanto sea posible, el hombre cristiano debe moderar la ira, y especialmente cuando se acerca a la oración; para que la indignación de la ira no perturbe tu ánimo, para que cierto furor no impida tu oración: sino que más bien te acerques con un pecho apacible. ¿Por qué te enojas? ¿El siervo pecó? Te acercas a la oración, para que se te perdonen tus delitos, y te indignas con otro. Esto es, sin ira.

CAPÍTULO V.

Sobre la desordenada disensión de los que oran, y con qué modestia deben orar las mujeres: también sobre el inicio de la oración, su medio y su fin; con una repetida exposición de la oración del Señor, que lleva el tratado a su conclusión.

20. Ahora veamos sobre la disensión. A menudo el comerciante viene a la oración, o el avaro: uno piensa en el dinero, otro en la ganancia, otro en el honor, otro en la codicia; y piensa que Dios puede escucharle. Y por eso, cuando oras, te conviene preferir lo divino a lo humano.

21. De igual manera también las mujeres, dice, quiero que oren sin ostentarse en adornos, ni en perlas, dice el apóstol Pablo (I Tim. II, 9). Pero también el apóstol Pedro: La gracia de la mujer, dice, tiene mucho valor, para que el afecto de su marido se convierta por la buena conducta de su esposa, y el incrédulo se convierta a la gracia de Cristo (I Pedro III, 1, 2). Esto es lo que vale la gravedad y la modestia de la mujer, y su buena conducta, para llamar a su marido a la fe y devoción, lo cual también frecuentemente logra el discurso de un hombre prudente. Por lo tanto, la mujer, dice, no debe tener su adorno en el peinado del cabello, ni en trenzas adornadas, sino en la oración desde un corazón puro; donde está el hombre oculto del corazón, que siempre es rico ante Dios (Ibid. 3, 4). Tienes, por lo tanto, en qué ser rica. En Cristo tus riquezas son la modestia y las insignias de la castidad, la fe, la devoción y la misericordia. Estos son los tesoros de la justicia, como recordó el profeta (Isaías XXXIII, 6).

22. Luego, de dónde debes comenzar. Dime, si quisieras pedirle algo a un hombre, y comienzas así: Dame, aquí está lo que te pido; ¿no parece arrogante la oración? Y por eso la oración debe comenzar con la alabanza a Dios, para que pidas al Dios omnipotente, para quien todo es posible, quien tiene la voluntad de conceder. Sigue la súplica, como enseñó el Apóstol diciendo: Ruego, pues, que se hagan primero oraciones, súplicas, peticiones, acciones de gracias (I Tim. II, 1). La primera oración debe tener la alabanza de Dios: la segunda, la súplica; la tercera, la petición; la cuarta, la acción de gracias. No debes comenzar como un hambriento con la comida, sino primero con las alabanzas a Dios.

23. Por eso también estos oradores sabios tienen esta disciplina, para hacerse favorables al juez: comienzan con sus alabanzas, para hacerse benevolente al concededor. Luego, poco a poco, comienza a rogar al juez que se digne escuchar pacientemente. Se atreve en tercer lugar a expresar su petición, a manifestar lo que pide. En cuarto lugar, como comenzó con las alabanzas a Dios, así debe terminar en alabanza.

24. Tienes esto en la oración del Señor: Padre nuestro que estás en los cielos (Mateo VI, 9). Es alabanza a Dios, que se proclama padre: en ello está la gloria de la piedad. Alabanza a Dios, porque habita en los cielos, no en la tierra. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, es decir, que santifique a sus siervos; pues su nombre se santifica en nosotros, cuando se proclaman hombres cristianos. Por lo tanto, es de quien desea, santificado sea tu nombre. Venga tu reino (Ibid., 10). Petición, para que en nosotros esté el reino de Cristo. Si Dios reina en nosotros, el adversario no puede tener lugar. No reina la culpa, no reina el pecado: sino que reina la virtud, reina la modestia, reina la devoción. Luego: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día (Ibid., 11). Esta petición es la mayor de las que se piden. Y perdona, dice, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Ibid., 12). Por eso, recibe diariamente, para que diariamente pidas indulgencia por tu deuda. Y no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal (Ibid., 13). ¿Qué sigue? Escucha lo que dice el sacerdote: por nuestro Señor Jesucristo, en quien está contigo, con quien está contigo el honor, la alabanza, la gloria, la magnificencia, el poder con el Espíritu Santo desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos, Amén.

25. Otro: Aunque el libro de los Salmos de David es uno solo, contiene esas virtudes de la oración que mencionamos antes (Sup., num. 22); sin embargo, a menudo en un solo salmo se encuentran todas estas partes de la oración, como encontramos en el octavo salmo. Finalmente, así comenzó: Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! (Salmo VIII, 2). La primera oración, por lo tanto. Luego la súplica: Porque veré tus cielos, obra de tus dedos: esto es, veré los cielos, la luna y las estrellas, que tú fundaste (Ibid., 4). Ciertamente no dice veré el cielo, sino veré los cielos, en los cuales comienza a blanquear

la gracia y el esplendor celestial. Estos cielos se prometía el Profeta que le serían dados, quienes merecieran la gracia celestial del Señor. La luna y las estrellas que tú fundaste: llama luna a la Iglesia, estrellas a los santos que resplandecen con gracia celestial. Luego ve su petición: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre, para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y honor, y lo pusiste sobre las obras de tus manos (Ibid., 6, 7). Y otra acción de gracias: Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes todos, además de las bestias del campo, etc. (Ibid., 8 y sig.).

26. Hemos enseñado según nuestra capacidad quizás lo que no hemos aprendido; y como hemos podido, lo hemos expresado. Que vuestra santidad, formada por las instituciones sacerdotales, se esfuerce por mantener lo que ha recibido de Dios: y que la ofrenda como hostia pura, en vosotros siempre reconozca su sello, para que también vosotros podáis llegar a la gracia y a las recompensas de las virtudes, por nuestro Señor Jesucristo; a quien es la gloria, el honor, la alabanza, la perpetuidad desde los siglos, y ahora, y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén.